

TERCERA PARTE:

El embrollo

Capítulo 9. Almería 3: Escaqueos y escarceos

[TEXTOS IX]

Tenemos una recolección vaga, más bien dudosa, de haber oído de niño a algún ministro de la fe exponiendo el principio de que la vida aquí abajo siempre ha de conllevar más sufrimientos y lágrimas que disfrute. Más adelante sí que estudiamos por encima, con complacencia, los escritos de filósofos que evocaban un mensaje esencialmente parecido, echando el peso de la balanza con abundante y vigoroso entusiasmo y énfasis en aquel lado de la barricada. Pero hoy nos es imposible concebir el haber seguido tales maneras de discurrir sin que se nos escaparan las risitas. Si estábamos asintiendo con la cabeza entonces, es que debíamos de estar dando cabezadas de sueño. ¡Es una pura y descarada estupidez! [...]

Vamos a salir francamente en defensa de la vida. Tener y vivir experiencias es un privilegio al que más vale que nos vayamos acostumbrando. [...]

Haciendo ondear, revolotear, nuestro modelo de yolirio de un lado para otro, y aplicándolo ahora a los seres humanos, y aseverando que los impulsos humanos básicos tienen que derivar de estos instigadores primitivos, esencialmente inhumanos... Podemos dar un anticipo de las dos líneas principales que hemos de perseguir en este y posteriores capítulos. 1. Que los yolirios ansían y buscan experiencias cuya naturaleza no está ni predeterminada ni encasillada. Percido a como un niño puede salir a entretenerse un sábado por la mañana, aventuras ciertamente, pero sin nada particular en mente. —Algo muy distinto a las nociones intelectuales predominantes sobre el instinto. 2. Están más inclinados a ser escurridizos y evasivos que abiertamente antisociales, y desde luego no son de una mentalidad social. La estructura de la civilización parece ser tan ajena a nuestros yolirios como lo es un gran edificio para los ratones individuales que lo habitan.

Nos saltaremos la cuestión sin sentido de si la vida vale la pena vivirla. Cambiarla por... ¿Qué se puede hacer sobre la situación? Suponemos que esta pesadilla horrible

continuará. La tradición sugiere mencionar a Schopenhauer, aquel regordete, gregario bebedor de vino con la amplia sonrisa de simplón, que recomienda el suicidio a los demás. (¡Con qué frecuencia le entra a uno ese sentimiento!). Y desde luego el Buda con su propia sonrisa del-gato-que-se-comió-el-ratón, quien mientras está de acuerdo en todo lo fundamental menos el artilugio cobarde de Schopey, encarna el evanescente optimismo de los niños.

En las culturas latinas se menciona a menudo a Quevedo como ejemplo de misoginia por escribir probablemente las más viles, más intensas diatribas nunca escritas sacando a relucir las execrables cualidades del sexo “débil” (21 páginas compactas de un solo tirón, y con los más espantosos detalles. Pero puesto en acción era un notable Don Juan, y la paradoja es muy comprensible. ¿De dónde obtenía su material y el color local? Recuerden que un autor es siempre la primera persona que ve lo que escribe.

Sospechamos que el budismo funciona para tantos asiáticos a base de substanciar la otra cara de la moneda. Fallando el artilugio del nirvana se le castiga a uno con la perpetuidad.

No disponiendo de hilos de telaraña que tejer, ni complejidades preciosistas jesuíticas, encontramos como única fuente de satisfacción el deseo. Fuertes ansias la sola riqueza. Y si estuviéramos haciendo proselitismo en favor del rezo recomendaríamos dar gracias por el hambre, y que nos venga mucha más. La comida se puede adquirir a la vuelta de la esquina y las cosechas de cerezas aumentan cada año.

¿Pero qué (preguntarán los lectores mil veces quemados) de las frustraciones y los sudorosos anhelos?

Donde nuestro geniecillo obra sus maravillas es en señalar que esas lujurias al rojo vivo de los yolirios son de hecho no-específicas. Es cierto que la única diversión posible deriva de saciarlos, pero ellos se quedan la mar de contentos y felices con casi cualquier cosa. Hacerse experto en su manejo es mejor que el dinero y el poder, el amor correspondido, o cualquier Camino Real a la fama y el nirvana. En realidad necesitan poquísimo.

* * * * *

Los amigos, las vecinas, lágrimas y alborozo. ¡Han llegado, han vuelto los americanos! ¡Y María! ¡Viva! ¡Fiesta! Tarzán que reventaba de alegría, la cola dando unos bandazos que parecía que iba a partirnos a todos las piernas. Dormir entre visitas. Salir a recorrer lugares conocidos y añorados. 1963.

Mi hermano Percy a estudiar segundo, yo primero de bachillerato, sistema antiguo, con trece años sin cumplir del todo.

Nos apuntó el padre a la desaparecida Academia San Miguel en la calle Marín, cerca de la Plaza Vieja. A pesar de estudiar años diferentes nos enseñaban a todos juntos en la misma clase, al menos la mayoría de las asignaturas. No me preguntéis cómo. Supongo que mientras el profe explicaba algo de un curso, el otro tenía tiempo de estudio. Recuerdo que fui el mejor en Francés de ambos cursos. Don Miguel el viejo, el padre del dueño y director, daba caramelitos de premio al que mejor se defendía ante las preguntas léxicas y fraseológicas que le lanzaban los demás niños. Un juego como los concursos de la tele. Si aciertas, el caramelo es tuyo, si fallas, para el que te ha hecho la pregunta. No sé si fueron los caramelos, o el miedo a perder terreno y hacer el ridículo, pero el caso es que una vez a la cabeza ya tenía que seguir esforzándome para no quedar atrás. Así es como funcionan las cosas. Matrícula de Honor por libre. Casi mi único 10. Mi hermano era un fuera-serie en Matemáticas, y antes de meterse a asiduo consumidor de vino blanco del barato tuvo una larga época de brillante empollón en todas las áreas de ciencias. Era un “natural”.

Yo por el contrario tenía la cabeza muy dura, y si aprobaba era porque tenía que hacerlo. ¡Qué horror si suspendía! Mi padre siempre sus teorías, siempre sus “métodos”: Lo teníamos bien claro que éramos libres de elegir, que no nos iba a forzar a nada (no, qué va). Si queríamos ser burros cazarros y semi-humanos, “Moviceños” o peor, hasta el resto de

nuestros días, allá nosotros; pero si queríamos llegar a algún sitio en este mundo, nuestro puesto en aquella etapa de la vida era ser estudiantes y de los buenos, echándole pelotas, que los malos pueden colarse por las rendijas y caer muy, muy bajo, como por las alcantarillas que nos estaban instalando.

Su truco o “método” funcionó, pues yo tenía un miedo atroz a ser una mierda de persona, amén de incurrir en sus cabreos. También estaba la cuestión de que, si se aprobaba todo en junio, el verano se nos prometía espléndido, pero si no, a apechugar y pasarlas canutas. Así que decidimos no suspender nunca ninguna asignatura.

Éramos los americanillos y por lo tanto diferentes, en cierto sentido especiales. No bastaba con mantenerse a flote. Había que demostrar temple y cerebro. Os daré un dato muy importante: Que al haber tenido que esperar a aprender el castellano y debido también a nuestro viaje a la India, le llevábamos una ventaja —que los ignorantes llamarían erradamente *retraso*— de un par de años a los compañeros, con una visión de la vida más desarrollada, y más “kilómetros” a nuestras espaldas, y eso siempre ayuda. Mi padre siempre insistió en que los Waldenstone éramos por familia unos privilegiados mentales. Asimismo—esto iría en consonancia con su teoría del *yolirio*— especulaba que el germen, embrión y feto *USA* viene gestándose con la armadura y demás pertrechos que va a requerir para enfrentarse a un mundo mucho más bravío, feroz, competidor del que tendría que hacerlo el español de Andalucía. Para mí esto era una soberana tontería, aunque hubiese querido creérmelo, y además un insulto para los referidos andaluces. En cuanto a los genes, tampoco me lo creo. Lo que cuenta es la actitud y ciertos principios y hábitos de vida adquiridos. Las influencias, los genes... apenas. Y como dije arriba, yo en particular era durillo de mollera. Allí queda demostrado todo.

Algunos profesores sentían un no-sé-qué especial de tener un americanillo en clase en la Almería de principios de los sesenta. De hecho, en todos mis años de bachillerato, tanto elemental como superior, no hubo ningún otro guiri, ningún otro extranjero de ningún tipo,

estudiando en el Instituto, aparte de nosotros dos. Un profesor de lengua que tuve sentía curiosidad por saber si yo pensaba en inglés o en español, a lo que contesté que creía que más bien pensaba en las imágenes o representaciones mentales de las cosas.

—Bueno, si tú piensas en un botijo, ¿en qué idioma lo pones?

—Pues imagino un botijo —la verdad es que no tenía ni puñetera idea de cómo se diría *botijo* en inglés... ¡Vaya ejemplo que me puso!

Tempranamente comencé a enseñar inglés (y a veces francés), a los hijos de los profesores del Instituto, pues para el siguiente año ya entramos a cursar estudios oficiales en el Instituto de Enseñanza Media Masculina Nicolás Salmerón de Almería, que al principio estaba al lado de la Rambla, y después, justo al lado de donde habíamos vivido en la Ciudad Jardín. El primer sitio, un gran bloque estilo convento, pasaba, con nuestro traslado a la calle Chile, a las chicas.

Al acabar el bachillerato elemental y comenzar el superior, viendo lo pésimamente que se me daban los algoritmos y las fórmulas, me enrolé con ese quince por ciento de la minoría selecta (instituto masculino, claro) de bichos raros que tiraban por letras. Tres aulas grandotas de alumnos de ciencias, y una chiquitina, de quince chavales, para letras. Adiós a las mates y a la física y química y si te vi no me acuerdo. Latín y griego. El latín más “mates” que las mates y el griego más química que la química. Eso dicen. En una trágica ocasión yo me hundía angustiado por los verbos polirrizos, y vino mi padre, sin saber siquiera el alfabeto griego, y me dio una charla de tal envergadura que me sacó del apuro. Según me lo pintó estaba “chupao”.

Percy naturalmente tiró por ciencias, unas señoras notazas en todo menos en educación física y porque el profe, que era un hueso, nunca le vio la cara. Tampoco se la vieron en Religión y Formación del Espíritu Nacional (F.E.N) pero éstos, muy éticos, siempre te ponían notas conmensurables con las de las asignaturas serias, aunque fueras ateo o de izquierdas.

Ha llegado a mis oídos que la Rambla ha cambiado radicalmente, ¡que la han cubierto! En aquellos rudos días la Rambla era eso: un cauce seco o lecho pedregoso de río que llevaba las trombas de agua al mar en esas raras ocasiones —y las hubo, vaya que las hubo— en que a la naturaleza le daba por ahí. A los chiquillos nos encantaba bajarnos por el muro a hacer toda clase de travesuras allá abajo entre las piedras y los matojos de “chochitos”, que llamábamos así porque tenían unos capullitos verdes redondos, como una hogaza de pan en miniatura, protegidos por pequeños pétalos verdes, y te los comías para pasar el rato, como si fueran pipas. Una vez abajo a lo mejor compartíamos un cigarro; “cigarrillo” sonaba la mar de cursi, y “pitillo” peor aún; siempre decíamos “cigarro”, igual que decíamos “peo”. Cuando me enteré de que la palabra correcta era *pedo*, no me lo podía creer. ¡Oh, ha dicho pe-do! Bueno, pues como decía, o nos fumábamos un cigarro, o nos echábamos una cagaleta debajo del puente, que buenas hojas de morera había para limpiarse el culo, y cuando no, ahí estaban nuestras libretas. También buscábamos alacranes y tarántulas, amén de las ubicuas lagartijas, para hacerlas rabiarse o para meter en una caja de mixtos (cerillas) y llevárnoslas a casa. Todo eso. Y claro, cuando hacíamos zonga era el lugar ideal para evitar que los mayores se metieran con nosotros preguntando que por qué leches no estábamos en el escuela a esas horas, y que apagáramos ese cigarro, coño. Sin duda la cosa más vil y reprobable que hacíamos era encaramarnos a los barrotes del puente de hierro y mirar para arriba por alguno de los estratégicos agujeros que había por el carril donde pasaban los peatones, en espera —harto pacienzuda— de poder verle las bragas a las jovencitas por debajo de sus faldas de colegiala. Se ponía alguno donde pudiera ver a la gente que venía y decía: ¡Ahí viene una! Y si daba la casualidad que estaba en plan guasón nos avisaba cuando venían las señoras viejas nada más. Luego nos confesaba la burla y nos dejaba corridos. En la primavera, en fin, venía la época de las moras, y la Rambla gozaba de una doble hilera de espléndidas moreras a todo lo largo de su andadura, una a cada lado, y nos poníamos todos morados y más que morados de ricas moras almerienses, y es que de ahí

y no de otro lugar debió derivar la famosa expresión.

Cosa rara es la mente. Volviendo a las teorías paternas sobre mentes preclaras, y su harto dudosa validez, ya fuera que naciera yo genéticamente bien dotado, ya fuera que disfrutaba de la ventaja de llevarle un par de años a mis coleguillas, o por haber adoptado una atrevida y optimista postura mental, el caso es que con los años llegué a convencerme de la eficacia de mi cerebro para los exámenes, y conseguía empollar en dos días lo que normalmente requiere un ratito diario de dedicación y estudio a todo lo largo del año, lo cual eventualmente me llevó a no importarme hacer novillos a mansalva. Ya mencioné mis primeras incursiones por las desérticas lascas y peñascosos barrancos y quebradas de la zona del Quemadero, tirando hacia la Fuentecica, o por la Hoya (pronúnciese “Joya”), entre los dos castillos, los libros a cuestras. Pues ahora tenía yo la Rambla, pero no sólo por la zona del Instituto. La Rambla era por esencia, como quien dice, infinita. Podías descender hasta la playa de las Almadravillas en su primer trecho, antes del muelle inglés y pegando a las piedras del morro o muelle, playa donde no iban más que los gitanos, según era fama, porque había un inmundo desagüe allí, medio escondidillo. Otro enclave muy curioso, pero sólo en el sentido oficial de la palabra, y que desde luego las autoridades sanitarias tan en boga hoy día reprobarían de todas todas, era pasado el Zapillo, en la Térmica. Para eso, como comprenderéis, tenía que darse uno toda la mañana libre, incluidas las clases presuntamente entretenidas, si es que tal cosa existía. Lo que tenía esta playa de especial es que existía allí un gran túnel por el que salía agua caliente de enfriar las calderas de la fábrica de electricidad, o Central Térmica, por lo que podías ir incluso en el invierno a darte una buena zambullida. Además, como el agua salía con mucha fuerza, resultaba divertido — un reto— batallar contra el chorro a base de subir a contracorriente, tratando de asirte a las resbaladizas paredes de la entrada del túnel, donde, debido al estrechamiento, más fuerza traía el agua, y cuando finalmente conseguías alcanzar tu meta te agarrabas a los barrotes que habían puesto ahí contra gamberros como nosotros. Después de un rato de tontear y

hacer poses y acrobacias, los pies trincando los hierros, te soltabas y te dejabas llevar por la corriente al mar abierto, hasta que el helor te invadía el cuerpo y te hacía parar la marcha con los pies en las piedras del fondo, con miedo de pisar un rascacio de espinas venenosas de los que pululaban por ahí atraídos por lo mismo que te llevó a ti y a muchos otros chiquillos al paraje.

Menos abundantes, pero con todo una estampa típica, una nota de mansa seriedad, eran las señoras gordas que acudían a aquellas “aguas termales” a remojar sus huesos.

Pero resultaba mucho más emocionante subir por la Rambla todo para arriba. Pasabas las primeras casas de Los Molinos, que quedaban a la derecha; dejabas atrás la carretera de Granada, y pronto te encontrabas en medio de una naturaleza más auténtica, más virgen, con higueras silvestres, de las que te podías comer sus higos si era la época, así como aliozas o almendras verdes, pero sin tragarte muchas que el dolor de barriga que te da es de aúpa. En estas cosas hay que andarse con tiento. Un crío de las escalerillas de mi calle se dio un atracón de chumbos tan descomunal que la madre tuvo que ayudarle a desalojar con un alambre.

Subiendo un poco más te veías delante de un enorme boquete de cueva, tapiada de ladrillos, que llamaban el polvorín y que estaba allí de los tiempos de la guerra, y entonces lo que hacías era subir por el costado de la derecha por un caminito hasta la punta de arriba, donde había un peligrosísimo agujero que si te descuidabas te caías y te matabas en el fondo de ese oscuro polvorín, y ojo, que no tenía señalización ni nada; total, que si querías piedras para tirarlas dentro tenías que habértelas traído contigo, porque alrededor del orificio ya no quedaba ninguna, y tirar las libretas o los libros del cole allá no era cuestión por muchas tentaciones que te entraran. Eso sí, si te tumbabas con mucho tiento cerca del borde, podías echar dentro las hojas del cuaderno tras prenderles fuego y así veías el interior, el cual estaba vacío, excepto por las piedras de los chiquillos, y menos mal.

Luego el camino descendía en dirección a una densa arboleda en una hondonada a la que

al final decidías no bajar porque ahí no había nada interesante, sólo árboles, y lo dejabas atrás, porque ahora empezaba lo más chulo, que eran los túneles, en realidad acequias o acueductos para el riego, y tenías que tener una caja entera de mixtos o mejor una vela para atravesarlos de cabo a rabo con sus muchas vueltas y revueltas en total oscuridad, y sin tocar las paredes, que estaban infestadas de arañas patas largas, pero no porque fueran venenosas, sino que daba cosa, un asco que no veas, ahí todas moviéndose al acercarles tu tenue luz, y además, cuando las despachurrabas o las quemabas echaban una peste atroz de un químico que producían. Repelente, vamos. También había entre aquellos túneles balsas con ranas y renacuajos y todo aquello era sencillamente fantástico. Desde luego, a la asignatura de lengua le daba veinte mil vueltas y sin hipérbole, y si es a las mates o al latín, no te digo nada.

No muy lejos del polvorín aquel había una cueva secreta de las de verdad, con estalactitas y estalagmitas y una infinidad de recónditos pasadizos llenos de misterio, que quién sabe, acaso pudieran conducir a alguna salida por otra parte distinta de la montaña que tú no conocías, y a lo mejor podías hallar algún tesoro escondido del tiempo de los moros. En la cueva había un lago subterráneo, y extensos bancos de una arcilla roja finísima. Una vez me llevé, ya que un tesoro nunca pude encontrar, una bolsa grande llena de esta arcilla, para moldear esculturas.

Mi primera figurilla aspiraba a ser un cruce entre el Capitán Trueno y El Jabato, pero se parecía más a La Masa con escarlatina. La puse a endurecer bajo el ardiente sol almeriense de mi terrado, pero al ir, impaciente, a cogerla, primero se me rompió un brazo, y en seguida se me partió por la cintura. Ni siquiera con pegamento Imedio y un par de horas de horno, en la cocina, encontraba apañó aquello. Y ahí acabó mi breve carrera de escultor.

A finales de abril o principios de mayo ya salía yo algunos días de casa preparado para la playa, habiendo ocultado un bañador debajo de los calzoncillos. Para entonces los derroteros de ambos hermanos ya se habían bifurcado. Él tiraba más a la playa, y yo al

monte, como la cabra. Más adelante, cuando yo comencé a inclinarme algo más por la playa y el paisanaje que ofrecía, a él le dio por frecuentar las tascas.

A mi padre no parecían importarle demasiado nuestras escapadas, por mucho que la acertadamente sospechosa Nena le advertía acerca de nuestras malas proclividades. Con tal que aprobáramos... Estas prácticas, con todo, mal haría yo en recomendarlas, por mucha mundología y amor a la naturaleza y a lo salvaje que infundieran en mi alma. Me había convertido en un golfo consumado, y punto, y en vez de sacar notas excelentes obtenía largas ristras de aprobados mondos y lirondos, quedando lagunas en mi cocorota más grandes que ninguna que jamás hallara en mis clandestinas exploraciones espeleológicas. Eso sí, que desde esta lontananza resulta mucho más ameno y gratificante relatar todas estas perrerías que hice y que viví a lo largo y ancho de la periferia geográfica de Almería, que no las ñoñerías y babosadas que pudieran ocurrir en el entorno escolar, aunque ahí tampoco fui un santo.

A consecuencia de las faltas de asistencia, y andando siempre más que medianamente agotada la cantera de excusas que pudieran gozar de un mínimo grado de credibilidad, determiné que lo mejor para congraciarme con los profes era asistir a las clases con un cierto toque de elegancia, al menos tras las ausencias más palmarias o palmatorias. Y así adopté mi *new look*, que consistía en asomar a las clases con chaqueta y corbata. Mi padre tenía una festiva colección de corbatas americanas, pletórica de vívidos diseños y combinaciones de colores, de las que recuerdo una en especial, que mostraba un fastuoso pavo real en todo su esplendor. ¡Qué pavo! Aunque más pavo era el portador, claro. Por esos días en España se estilaba una tirilla de nada de corbata, con nudo simple, que para mí era una ridiculez. Las mías —mi padre ya no se las ponía para nada— eran anchas y distendidas, y mi progenitor me había enseñado a hacer el nudo doble o *Wellington*, simétrico. El mismo profe que me preguntó lo del botijo me confesó, andando los años, que si siempre me había llamado a su presencia, al frente de la clase, a dar cumplida justificación de mis ausencias, era más por

ver de cerca aquellas corbatas que para oír qué excusa me sacaba de la manga, aunque admitió que tampoco eran moco de pavo las trolas que yo me inventaba.

Pero ahora prefiero alejarme de los trabajosos estudios, para acercaros a un mundo más real e inmediato: El de los juegos.

En Almería se estilaba una actividad lúdico-alimentaria que estoy seguro de que ha desaparecido por completo. Podría ser el ejercicio ideal para entrenar tanto a boinas verdes como a chorizos rematados. Dudo que La Ciudad Jardín disfrutara de este deporte o arte, ni tan siquiera por aquellos años remotos que llamamos de la *pera*. Nosotros afortunadamente habíamos venido a dar en el corazón de lo almeriense, habitábamos, como quien dice, *in medio imo*. Se ponía un vendedor con una gran pila de cañas de azúcar en una esquina. En nuestro caso se colocaba en el punta de arriba de la calle Antonio Vico, al pie de la inmensa mole del torreón de la muralla árabe. Por el lado izquierdo de su improvisado puesto arrancaba la cuesta pedregosa que subía al Cerro de San Cristóbal. Los compradores, muchachos jóvenes —si había chicas no participaban más que para comer— le compraban un manojo de seis u ocho cañas, procurando que no fueran muy torcidas. Comenzaba la competición. Los mozos, por turnos, tenían que agarrar un gran machete con una mano mientras con la otra asían una de las cañas, el lado delgado para abajo, y agachándose, soltaban la caña al aire a la vez que jalaban para arriba del machete, con la idea de que el filo entrara por la punta de la caña y fuera subiendo y rajando la mayor extensión de caña posible. Allí donde el tajo terminaba se recortaba en redondo, y a seguir. Tras uno de esos cortes tenías una entrada gordota para el machete y si no conseguías rajarlo eso es que eras más tonto que cagar patas arriba. Hasta yo me atrevía a probar. Claro que esa punta gruesa era puro tallo seco, igual que pasa con los espárragos. Quien conseguía cortar una caña entera de punta a punta ya se libraba de pagar. El perdedor, el que tenía que apalancar todo el dinero, era aquél que, medidos en el suelo todos los trozos de cada competidor, menos palmos tenía. No de narices, sino de caña de azúcar. Después nos íbamos mascando y

chorreando ese jugo pegajoso y haciéndonos polvo los dientes y los labios a base de dar tirones de la corteza para llegar al meollo. Y venga escupir los jirones de la ragua masticada por las calles. Los que tenían fama de rajarse como nadie eran los gitanos, palabra. Preguntadle a cualquiera. La amenaza favorita de un gitano amigo mío era: —¡Primero te rajo de abajo arriba y luego me cago en tus muertos! —Poesía pura.

En el fondo no era más que un juego, pero un juego donde entraba la habilidad, el valor y la recompensa pecuniaria. Y encima se comía.

Otro juego, y éste sí que lo aprendí directamente de los gitanos, se jugaba con una navaja y una penca fresca de la chumbera, tras limpiarla de pinchos, lo cual se hacía restregándola con tierra arenosa. Aquí se demostraba la pericia del jugador con aquella pieza tan castiza que nunca puede faltar en el ajuar gitanesco, a base de voltearla de mil maneras sobre la penca y conseguir que aterrizara —o *apencara*— siempre de punta, clavándose. El proceso consistía en ir avanzando por pasos preestablecidos, cada lanzada de la navaja siendo un poco más difícil que la anterior. Algo así como el patinaje artístico o el salto de trampolín, supongo. Una voltereta, doble salto mortal, triple, con la palma de la mano, el dorso, dos dedos separados (el índice y el meñique), dos dedos juntos, un dedo, un dedo del revés, desde el codo, con la punta de la navaja en la boca, con el culo en la boca —con perdón—, desde la cima de la cabeza... Creo que ha quedado claro. Ah, el que perdía tenía que comerse, bocado a bocado, la hoja de la penca entera. En realidad no era propiamente *comérsela*, sólo tenías que dar bocados y luego escupir los trozos hasta que no quedara penca alguna, pero ¡qué asco, tan baboso y tan rastrero! ¡Uagg! Y siempre le ha quedado alguna que otra espina, reservada para tus labios o tu lengua. A mí nunca me llegó a convencer este deporte navajero, del que nunca tuve excesivas esperanzas de salir vencedor, y por lo tanto no lo voy a recomendar.

Estos juegos que siguen a continuación son más asequibles a todos los gustos. O a bastantes.

Los huesos de albaricoque (¡pedid que os los guarden!): Se dibuja un círculo en el suelo. Todos a la misma distancia vais tirando los huesos dentro. Si consigues darle a uno de los huesos que están dentro y echarlo fuera del círculo, junto con el que tú has tirado, te llevas todos los huesos y la apuesta. Sencillo ¿no?, pues probad y veréis cómo no es tan fácil. Pero hay más. Coges el hueso de albaricoque y te pones a raspar y raspar en el mismo punto en una de sus caras la tira de tiempo, una hora por lo menos, y, soplando en el agujero que se te ha formado, tienes un sonoro pito. Si es la primera vez que lo haces, asegúrate de tener tiritas para los nudillos superiores de los dedos.

Luego están las chapas. Buscas una chapa de botella que no esté muy abollada y la alisas a golpes, cuidando de no rayarla, que entonces parece vieja y nadie la quiere. Primero le quitas el trocico tonto de corcho que lleva dentro y le pones un dibujo bonito de colores o una foto (sí, eso: una “afoto”) o algo así, a lo mejor la cara de un futbolista recortado de los cromos, y si es un as favorito no veas. Kubala. Di Stéfano. Ahora viene lo bueno. Coges un cacho cristal más o menos del tamaño de la chapa. Con unos alicates, si tienes, si no, con algún rinconcillo o doble filo de las rejas de una ventana, o alguna rendija de un coche, cualquier cosa que sea de metal y que sirva, vas reduciendo el cristal a pellizcos, hasta que quede redondo y encaje dentro de la chapa. A lo mejor te hace falta una tirita sanitaria aquí también, pero a lo mejor no. Cubres con él tu dibujo. Luego lo taponas con cera de una vela y con el dedo vas dando vueltas y vueltas hasta que la cera se va perdiendo y al final sólo queda lo suficiente para tapar los bordes del cristal, para que ésta no se salga, y también le das con la cera al culo de la chapa, que reluzca y pueda resbalar. ¿Ves qué virguería? Ahora el juego. Ante todo no dejes que te tomen el pelo: mira que los otros tengan una chapa al menos tan chula como la tuya, que si no, vaya leche. Dibujáis una carretera como la de los Scaletic, pero con más curvas y rodeos y trampas, y ponéis las chapas en la Salida. Con los dedos, igual que hace tu padre para deshacerse de un moco, o sea con el gordo y el del medio, le vas dando viajes a tu chapa, achuchándola “palante”. En las rectas le das fuerte,

claro, pero que no “te se” salga del carril. Si te sales o te echa fuera del trayecto otro jugador, tienes que volver a la Salida, como en el juego de La Oca. Gana las chapas el que llegue primero a la meta, y no vale cambiar la chapa con la que has jugado por otra más fea.

Cualquiera de los juegos descritos puede proporcionar horas y más horas de entretenimiento, y, a excepción del de la caña de azúcar o “paladú”, o que decidas apostar dinero y pierdas, sin gasto alguno.

Mi padre también se sacó un juego entretenidísimo, que nos ponía a Percy, a mí, y a nuestros amiguillos. Nos repartíamos en dos equipos de tres o cuatro chavales. En una ocasión hasta llegamos a formar tres equipos. Redactaba sendas listas de diez o doce objetos raros, difíciles de encontrar. El equipo que primero reuniera todos los objetos de su lista ganaba el premio, que a lo mejor eran cinco o diez duros, a repartir. ¿Que qué cosas? Pues una chapa de cerveza alemana (rarísima en la época), una piedra azul (le trajimos un trozo de vidrio redondeado de la playa, que quedó descalificado de un revelador martillazo), un calendario fechado diez años atrás, una inmaculada pluma blanca (mínimo: veinte cm.), una manoplas (¡en Almería!), una llanta de camión (¡qué pesadez, tener que arrastrar ese bicho por toda la ciudad!)... chuminadas así.

Este juego derivó en un pequeño puesto ante nuestra puerta en el que, junto a vasos de limonada (polvitos *El Tigre* y un limón exprimido para disimular, y azúcar) a dos reales, vendíamos unos rollitos de papel que al desliarlos te revelaban el premio que habías ganado, chucherías que iban desde cromos, un soltadito de plástico verde o unas canicas (“petos”), a caramelos, barquillos (galletas cilíndricas huecas), pipas, o chicle *Bazooka*, además de otras sorpresas más emocionantes y enjundiosas, que servían de reclamo. Si te tocaba un premio de los “buenecillos”, pero de niña, tales como una muñeca, y tú eras niño, te lo cambiábamos por una bolsa de cristalinas, canicas más chanchis que los petos, porque estaban hechos de cristal con unos como gusanicos de colores en el centro, igual que los de

hoy, y no los petos, que eran de puro barro cocido y muy feos, si bien es verdad que también los había de mármol; o a lo mejor preferías un buen trompo, guita incluida.

—¡Ánimo y a jugar, siempre toca, si no un pito, una pelota!

Nuestro puesto no tuvo nunca trazas de prosperar, y es que las ganancias nunca superaron al desembolso inicial, ni por asomo. Claro que ese capital inicial lo ponía mi padre. Todos a gusto y hartos de limonada. Y juguetes.

Saciados, si no hartos, también acabaron todos nuestros amiguillos de los bizcochos que preparábamos Percy y yo en el horno de la cocina, a la que teníamos, desde chicos, pleno acceso. Substituyes el carbón, azufre, y nitrato sódico usados en la confección de la pólvora por harina, azúcar y leche, más un pellizco de bicarbonato y sal, y algún ingrediente opcional y siempre diverso, como vainilla, ralladuras de corteza de limón, canela, trazos de melocotón o manzana, o si quieres, “ajuntas” todos estos ingredientes en un revoltijo explosivo —ah, sí, y un par de huevos hay que echarle también... y mantequilla a mansalva... —, horneas tu mejunje 30 ó 40 minutos, y a hincar el diente. ¡Qué sencillo resulta preparar la pólvora, comparado con los pasteles!

Durante mis primeros pinillos confiteros me vino mi padre a lanzar uno de los ominosos exabruptos con que lo recordaré siempre. Se hallaban conmigo en la cocina mi hermano y un par de nuestros coleguillas, que debían estar jugando con Tarzán, o qué sé yo. Al parecer yo había trastocado —torpe de mí— el orden en que debía añadir los ingredientes. Viéndome mi padre, que entraba, curioso, a ver qué diabluras podíamos estar haciendo en esa apartada orilla, tan impropio de chavales, exclamó:

—¡¡Kirk!!! —todo el mundo se quedó de piedra, expectante. ¡Qué funesto momento! ¿Qué nos dirá? ¿Qué nos hará? Mis amigos, atrapados en el patiecillo, mal podían esperar escapar corriendo de ahí, si no es trepando el muro hacia la terracilla de la cocina. Y es que siempre le tuvieron miedo. Los segundos se alargaban. Él, viendo el efecto electrizador que su voz había causado, miraba como un mago a uno y a otro chiquillo de la concurrencia.

Clavando finalmente los ojos en mí, sentenció:

—... .. ¡Tendrás GRUMOS! —¡Tremendo ejemplo de cacofonía en vivo!

En el siguiente capítulo veremos qué hacía mi padre el americano para llenar los ratos libres, que eran todos.

Capítulo 10. Almería 4: El americano va de pesca

[TEXTOS X]

Podemos estar bastante seguros de que los alcohólicos escriben más libros y muchísimo mejores que todos aquellos que beben con moderación o que no beben nada combinados. Probablemente el 98% de aquellos viles tratados denunciando el líquido elemento fueron compuestos por borrachos que no tenían otro sitio adonde ir para conseguir los billetes para comprar la materia prima. Porque nosotros, los que nos dedicamos a la fabricación de botellas vacías, con todo su hondo contenido y significación, primero hemos de obtener las inanes, aburridas y carentes-de-historia botellas en algún lado, como materia prima. Los fariseos que no lo comprenden, tan crueles y despiadados, nos piden buenos dineros por la sustancia. Aunque ni la mitad de lo que vale realmente. Con todo, permitir que estos zahirientes y perversos libritos circulen puede causar una impresión y un equilibrio literario desafortunados, particularmente entre los jóvenes, lo cual espero desagaviar en parte.

[...]

El consumo de alcohol y los índices de mortandad infantil son factores inversamente proporcionales, tanto al nivel de las personas como de los países. Compruébenlo.

[...]

En el 99,076% de los casos más tempranos conocidos y estudiados (y el mínimo resto está contenido en las escrituras divinamente inspiradas) el primer surgimiento de la civilización estuvo plenamente sincronizado con el empleo local del alcohol, usualmente en bebidas del tipo de cervezas-fruta. Obviamente estos brebajes instigaron los demás. [...] Parece que [el potingue] se ha echado a perder, podrido, y los nativos son muy sensibles respecto a estas cosas. Mucho veneno en su mundo. Repelente porquería realmente, aunque en realidad no sabe tan mal, podría ser consumido aún, tal vez... De pronto ZOWIE, y la civilización despegar.

[...]

Claro que ningún hombre trabaja/funciona [*works*] bien sin beber (y no digamos batallar). Parece por lo menos que [los no bebedores] están siempre preocupándose por su delicada salud y su dieta, y con todo mueren temprano. [...] Más central a la cuestión es el hecho de que ningún grupo humano puede nunca *mezclarse*, vivir juntamente y cooperar, trabajar en equipo, en ausencia de alcohol para lubricar la oxidada maquinaria hostil de la comunidad. Las altamente civilizadas sociedades bebedoras de hoy pueden permitirse, pueden mantener y soportar, a unos pocos *aardvarks** parásitos paleozoicos abstemios en su seno, porque los demás saben ser ecuanimes y alcanzar compromisos.

[...]

En tan sólo trece años el Volstead Act** trajo a los Estados nueve revoluciones armadas y casi destroza la economía de occidente. Y mediante los impuestos la mayoría de estos países están intentando repetir el experimento.

* Armadillos surafricanos.

** La famosa *Ley Seca*.

* * * * *

Olin Griffin tuvo tímidos conatos de pensar en la remota posibilidad de probar a ponerse a hacer algo productivo —siempre que no fuera desafortunadamente desagradable— con su tiempo y restringidos dinerillos. Sin embargo estas tentaciones siempre las venció con férreo tesón. Tampoco invirtió nunca en bienes inmuebles ni en la construcción ni en nada de eso. Tan sólo jugó a la bolsa. Lo más cerca que estuvo de llegar a emprender un negocio fue a medias con un canadiense llamado Neils, quien había alquilado una casita de las nuevecitas arriba en las Lomas de San Cristóbal. La idea consistía en abrir una sala de fiestas medio puticlub que se ubicaría en los Molinos, pero el asunto no pasó de meras palabras y de visitar algún local en alquiler para tantear precios.

El único rumbo auténtico que llevaba era el su cajetilla de tabaco canario, que a la sazón se llamaba Rumbo.

Salía con sus compañeros pescadores, iba a las tascas más puramente almerienses, y a menudo se sentaba en los cafés, a tomar cerveza o Rioja. Se hizo razonablemente amigo del afamado “Luis el de los Perros”, que era también un desempleado, aunque sin dólares, personaje de fábula en Almería. No recuerdo cuántos perros seguían a su generosa barriga, pero raramente eran menos de siete.

Imaginaos la situación. Está mi padre sentado tranquilamente ante el bar La Estrella, frente a La Perla, acera izquierda, con su jarrón de cerveza de dos litros. Llega y se sientan con él dos señores a beber y pasar un rato de cachondeo a costa del americano. —*Good morning*. —Muy buenas, y tal. ¡Camarero, dos vasos vacíos! Entonces aparece Luis el de los perros, saluda efusivamente a su amigo de ultramar y ocupa el último asiento vacío mientras los perros se aprestan a recibir la consabida ración de pan, huesos y todo el surtido que decidan echarles: es la hora de su jalufa. Los caballeros se dan cuenta, demasiado tarde,

de que el cachondeo se ha vuelto contra ellos. El colmo de la ignominia: que les vea todo quisque en pleno centro de Almería, sentados en la acera en compañía de ese ser inmundo. ¿Cómo se puede caer tan bajo? Lanzando mil zalemas y excusas se levantan y se dan el piro, sin poder parar de rascarse las piernas en la zona del calcetín... con mucho disimulo, por supuesto. Una y no más, Santo Tomás.

—Luis, esos caballeros no molestarnos nunca otro vez. Camarrero... —dominada la erre tras cinco años de sudores y de rociar litros de saliva, había que lucirla—, unas GRAAAN raciones carne de salsa, *please!*, y mucha pan. Por favfor —gira la mirada en dirección a su amigo Luis para continuar la charla—. Pulgas encantan señorritos pijos.

El Sr. Waldenstone en verdad que tenía un buen sistema contra los moscardones.

Al mediodía, poco antes del almuerzo, era la hora ideal de dejarnos caer los niños casualmente por allí y darle el consabido sablazo.

Aparte de las mesas de La Estrella, sentábase mi padre con Don Luis o a solas o con su suegro el Árabe a beber en muchos otros establecimientos con mesas al aire libre en la soleada Almería, entre las que destacaban la Casa Tebas, especialidad las tapas de gambas, jibia, mero y calamares, además de lomo, asadura y callos con garbanzos, así como casi cualquier cosa que se te pudiera ocurrir pedir; cervecería sita cerca de la Calle de las Tiendas por aquel entonces, en un recodo, aunque después la trasladaron a la calle Trajano y ya nunca fue lo mismo, aunque siguiera prosperando.

Si no estaba mi padre allí se le podía encontrar —ya no en mesas exteriores, sino dentro del bar— detrás del mismo hotel La Perla, en La Bodeguilla, o en Casa Pepe en la calle Jovellanos, última puerta de arriba y plenamente visible desde la Plaza Vieja, que tenía su cuarto aparte, recogido, donde los funcionarios del Ayuntamiento se jugaban sus rondas de chatos al dominó. Pepe, el lacónico dueño, era de aquellos simpáticos, sosegados *barmen* que tienen mucha manga y lo permiten todo, y su mujer, la que cocinaba, lo mismo, pero ella no era tan callada. Los hijos de Pepe a menudo jugaban dentro del bar y si te

descuidabas te podías llevar un pelotazo gratis. Casa Pepe era decididamente un lugar favorito del americano. Parada inexcusable. Cada chato de vino de la casa, acompañado de su tapa de patatas al alioli, boquerones en vinagre o patatas chips (con anchoa y aceitunas) te costaba tres pesetas. Esos eran los tiempos en que los españoles —y los almerienses más que nadie— chateaban por la boca y no un teclado de ordenador, aunque los dedos tampoco permanecían ociosos.

Cuatro o cinco sitios he mencionado. Podría apuntar treinta y cinco y de todos era asiduo mi padre. Sin contar con los de la pescadería y el Alquián, donde pasaba sus buenos ratos en un bar a cuyo dueño él dio en llamar Mussolini, por la generosa cabezota calva que llevaba encima de los hombros, y que estaba encantado con su nuevo y peregrino apelativo.

Además de Luis el de los Perros, tenía Almería bastantes más personajes raros por aquellos holgados tiempos, como por ejemplo “Juanico el tonto”, que te hacía el pino en el Paseo por unas pesetillas o menos; y otros que se me escapan de la memoria. Estaba por ejemplo el “Múo”, que cantaba a petición del público mediante gruñidos y refunfuños y odiaba a los niños; daba su *performance* cantarín berreando un pasodoble al que le faltaba la mayoría de las notas, pero de pronto le daba por correr a atrapar a algún mequetrefe de crío (qué susto) y se perdía el óbolo. Lo cual me lleva de vuelta a Juanico el Tonto... ¿Por qué queríamos que hiciera precisamente el pino? Obviamente, para que se le cayeran y desparramaran las monedas que llevaba en los bolsillos. Y es que éramos la calamidad en persona. Y él, tonto. Pero luego íbamos y le ayudábamos a recoger todas las monedas y se las entregábamos, con nuestra propina añadida, si teníamos.

A un joven impresionante como yo no se le podía borrar de la memoria aquel otro pobre señor, ya mayorcito y con cara de mejicano, que era epiléptico. Tenía un carrito de pipas en la Plaza Heredia, y cuando le daba el patatús, tras unos retortijones y revueltas iniciales por el suelo, se ponía a mascullar incoherencias, y a continuación empezaba a decir:

—...¡porque Franco es un cabaLLero! ¡Y que nadie se meta con FRANco porque lo

MAto! —hasta que se le pasaba, y se levantaba y seguía en su puesto como si nada. A los taxistas que tenían la parada allí no les hacía la menor gracia el epiléptico, porque la gente se ponía nerviosa no fuera que le diera un ataque cuando ellos estaban cerca.

Nos llegaron ciertos rumores de que al americano le daban arrebatos en sus veladas vinícolas, que se enfadaba, un poco así al tuntún y sin venir a cuento, y se ponía agresivo. Nadie daba detalles concretos: —Ah, pues no sé, ya sabes, cabreado—. Percy opinó que sería porque se cachoneaban de él, lo cual no le gustaba un pelo. Preguntada Nena, nos dijo:

—¿Tu padre, violento? Noooooo...

Luego ocurrió algo extraño. El suceso tuvo lugar en Laujar, donde habíamos ido los tres hombres de acampada junto al río Andarax, no muy lejos de su nacimiento. ¡Qué maravilla! Fue como si hubiésemos remontado la escalera del tiempo para retornar a nuestros orígenes primeros en Minnesota con sus interminables bosques. Despertar junto al arroyo con el arrullo gorgoteante del agua que nos había deleitado toda la noche en nuestro silvestre reposo, preparar la fogata y luego beicon con huevos, y aún salchichas, y una taza de café humeante, y explorar toda la zona arroyo arriba... de ensueño. Mas el ensalmo no podía durar eternamente. Fuimos al pueblo, que según dicen que tiene el vino más auténtico de toda la provincia. Ciertamente es el más fuerte. Estábamos en un bar tomándonos unos vasitos de este potente vino, la botella en el centro de la mesa de madera, y hablando probablemente de lo tranquilo que era el pueblo. De repente se levantó mi padre, fue hacia un lugareño que estaba de pie en el medio de la sala, cerca de nuestra mesa, y le soltó un bofetón. El pobre señor se echó las manos a la cara, agachó la cabeza y salió del local, sollozando. Naturalmente nos quedamos todos, el dueño incluido, pasmados, sin saber qué había pasado ni cómo debíamos reaccionar. Preguntado, mi padre nos explicó que el hombre nos había estado mirando “de mala manera”. Viendo el agresor que toda esperanza de recuperar el ambiente apacible perdido se había esfumado, pagó y nos marchamos. Dejamos el pueblo atrás y nos volvimos a recoger en nuestra atmósfera familiar, seca, urbana y

envolvente. ¿Qué había sucedido? Nadie lo sabía. O. G. nunca volvió a mencionar el hecho ni vimos nosotros precedente hacerlo tampoco. Yo me pregunté si no sería que la manera en nos observaba fijamente el pueblerino no desataría algún resorte sublimado o una fijación oculta que guardaba contra esos espías hindúes de las últimas semanas en Kerala, e hizo lo que hubiese querido hacer en aquellos lejanos momentos de intriga: dar un buen guantazo. Por desgracia el sopapo se lo llevó el menos avisado. Acaso el verdor de la zona lo transportó a Minneapolis, a las fricciones con su padre o a una violenta juventud...

Al poco tiempo desaparecieron las habladurías. Algo pasajero, evidentemente. Al padre no le pasaba nada.

Y sin embargo...

No pude evitar por aquellos días que me volviera a la memoria y me atosigara un insignificante evento que había pasado en una de nuestras travesías transatlánticas. A todos les es familiar la imagen de los viajeros despidiéndose de los suyos, entre serpentinas y besos lanzados a brazos llenos al aire, al zarpar uno de estos navíos. Nosotros, dicho sea de paso, nunca tuvimos a nadie que nos despidiera, o que nos acogiera lleno de regocijo, pero qué más da. Además, eso no viene al cuento. El caso es que en una de tales ceremonias había junto a nosotros un jovencito rechoncho y de apariencia simpaticona, haciendo toda suerte de aspavientos dirigidos a los del muelle. Mi padre le venía lanzando miradas de soslayo. De pronto, muy sutilmente, muy intencionadamente, le dijo:

—Eres un flan.

El pobre muchacho se quedó parado, le temblaron tenuemente los labios, y finalmente se apartó de nuestro entorno. Seguí viendo al que ya llamábamos *el flan* durante toda la travesía, y me dio pena. Nena encajó bien esta “gracia” del padre; sin duda se figuró que algún motivo profundo y misterioso tendría su marido para dictaminar que ese chaval era efectivamente un *flan*. A mí, más que ninguna otra cosa, me quedó la gran incógnita: ¿Qué será —según la estimación de Olin Griffin Waldenstone— un flan?

Cambiamos de asunto.

O. G. nos hizo socios del Club de Mar, cerca del barrio de la Pescadería. Acudía a esa asociación marítima la flor y nata de la ciudad. Es de suponer que aún le quedarían a *Daddy* algunos enchufes de cuando vivíamos en la Ciudad Jardín. Todos jugábamos al tenis allí, aunque muy mal, o al Badmington, juego en el que en lugar de una pelota hay que darle a un pirindolo, cachirulo o chirimbolo con plumas, que no bota, es muy liviano y va mucho más despacio, y así no tienes que darte la paliza de correr continuamente por todos lados. Además, lo habíamos practicado ya en India. En definitiva, que al Badmington no hacíamos el mismo ridículo que al tenis. A Nena le gustaba en particular ir a sentarse en la terraza de la cafetería, o tumbarse para ponerse un poquitín más negra al sol en la rocosa playita, codeándose con la gente de bien. Compró mi padre un barco de 5 metros de eslora, con techo y ventanas y todo, y un motor de gasoil que iba púm, púm, púm, púm. ¡Qué pesado y qué lento era! Desde luego que ni en sueños íbamos a practicar el esquí acuático con ese trasto. Pero llevaba a todas partes, con paciencia, gastaba poco y nunca se estropeaba. Eso sí, a veces, sobre todo en las frías mañanas de invierno, costaba media hora arrancarlo con la manivela, instrumento maldito que yo ya creía que no tendría que volver a tocar en mi existencia terrenal. Seguro que en el infierno las tienen a manos llenas.

Cuando íbamos de pesca, había que alinear tal torre o edificio con tal pico del cerro por un lado y el faro con el Castillo de San Telmo por el otro, y en ese punto, a ciento y pico metros de profundidad, se encontraba un caladero de pesca. Garantizado. Si volviera a ir estoy seguro de que me acordaría al menos de uno de esos caladeros, a menos que el perfil de la ciudad haya cambiado tanto que ya las marcas hayan desaparecido, o que el mismo caladero se haya desplazado por culpa de las corrientes. Unos volantines de ocho anzuelos y desde la primera bajada del hilo empezabas a sacar los pescados a punta pala, y en varias horas te llenabas dos cubos de chuclas, jureles y doradas. Una hora larga más y llegabas al Club de Mar, varabas, y a la bodega. Entonces otra hora, o dos, o tres. Así aprendí a

degustar el vino dulce. A mi padre le iba ya molestando que a mi edad (¿15 años?) aún pidiera refrescos no alcohólicos. Dinero desperdiciado, y encima sin tapas. A nadie le gusta beber a solas. Por lo demás, se notaba que a él le daba vergüenza tener dos muchachotes abstemios y aburridos en su Almería del alma. Pero tú tranquilo, *Daddy*. Percy ya se estaba aprendiendo a conciencia esa asignatura y venía recibiendo calificaciones de sobresaliente. Menudas eran las melopeas que le vi agarrar.

La pesca era definitivamente una de las aficiones favoritas del *Daddy*. Tanto en el barco, para lo cual se levantaba de buena madrugada, como desde la orilla, en el puerto, donde se ponía a pescar con su caña a cualquier hora de día. O practicaba aquella otra modalidad de pesca nocturna que os voy a contar. Los hijos muchas veces íbamos con él a estas salidas nocturnas. Y es que había descubierto O. G. la emoción de una de las formas de pesca más emocionantes: la de los saños o congrios. Ocasionalmente capturábamos alguna morena también. En cualquier caso había que tener un cuidado extremo, porque esos bichos te llevan el trozo si te muerden. El lugar, las rocas del faro, o mejor aún, en el otro faro más chico del puerto de pescadores. Cada uno disponía de tres o cuatro volantines de hilo del 100, el más grueso, que acababa en un anzuelo de ocho centímetros más o menos, conectado al sedal por un cuarto de metro de alambre, sin plomada. Una sardina entera servía de carnaza. Se hace descender el aparejo por alguna cueva o resquicio entre las rocas y allí se deja, y se bebe y se charla. Cada quince minutos nos acercábamos a comprobar nuestros hilos, y a veces... ¡toma! ¡batalla feroz! y al final (era raro que se te escaparan) alzabas un pez aculebrado de un metro o más de largo, puro músculo, pura boca. El anzuelo se hallaba alojado por lo general en su barriga, a un palmo largo de la boca. Había que rajar con un cuchillo al animal para recuperar el anzuelo, y no en tierra firme sino sobre esas rocas irregulares. Y el dichoso congrio retorciéndose y todo resbaladizo de una baba asquerosa que le recubre el largo cuerpo.

Pero lo peor de todo era que luego había que comer sopa de congrio durante tres o

cuatro días, y cada cucharada era un amasijo de raspitas chiquitinas que te decías que por qué diantres tengo yo que meterme esto en la boca.

Una vez nos fuimos a pescar los dos hermanos y el padre de madrugada al cantil del muelle, antes del estrechamiento del camino del faro. De pronto, nada más detener y bajarse *Daddy* del coche, se oyó un sonoro ¡chaff! Salimos Percy y yo del vehículo y en la oscuridad oímos al padre que nos llamaba desde el agua:

—¡Eh, *boys*, me he caído, al parecer, al agua! ¡Encended los faros del coche! —Para el que no conozca el puerto de Almería le diré que en aquel punto la altura desde el ras del cantil hasta el agua sería de unos tres metros, pues es lugar de atraque de grandes buques mercantes. Pleno invierno era, y tuvo el pobre que llegar a nado hasta las escalerillas más cercanas, que no lo eran tanto, y por si eso no fuera suficiente, en cuanto se apartó del haz de los faros del coche tuvo que nadar en total oscuridad. Al menos pudimos orientarlo en la dirección correcta, pues conocíamos el lugar. Menos mal.

Pues nada, el tío cabezón se negó a que nos volviéramos a casa. Se metió en el Alfa Romeo, encendió la calefacción, y empapado hasta los huesos como había quedado y más helado que un témpano, se puso a beber su ponche de café con coñac del termo, mientras nosotros nos quedamos afuera sentados, muertos de la risa y haciendo como que pescábamos.

Otra mañana de muchas fuimos *Daddy* y yo a pescar al mismo lugar del chapuzón poco más o menos. Era de día, por la mañana, en esta ocasión. La hermosa silueta de la Alcazaba se alzaba justo delante de nuestros ojos y se reflejaba, deshechos sus pétreos perfiles en pequeños rizos, en las siempre tranquilas aguas del puerto. La pesca típica del puerto de Almería, aunque variaba ligeramente dependiendo del sitio en te ponías, no era de lo más atractivo, a menos que tuvieras la suerte de coger un róbalo de fondo, un rodaballo o un merillo. A veces, si no se te partía el sedal, que era lo más probable, sacabas un pulpo. Las más de las veces sólo cogías babosas, roqueros, negras castañuelas (las muy bribonas

siempre se comían el cebo sin tocar el anzuelo), palometas (¡qué cosa más mala de comer!), alguna doradilla y, por estaciones, lisas o mújoles, que eran grandotas, pero despreciadas por la mayoría de los pescadores, por lo fácil que se dejaban atrapar las muy tontorronas, y además porque tenían fama de sucias, la misma fama que entre las aves tienen las abubillas o “come-mierdas”. Bueno, pues estábamos disfrutando de una preciosa mañana de pesca con el más espléndido paisaje del mundo, como decía, mi padre y yo —siempre fui yo más perro faldero que Percy— y al par de horas, cuando ya el sol de verano comenzaba a apretar al par que la brisa aflojaba hasta casi desaparecer, aparece María, después de andarse los dos buenos kilómetros que distaba la casa del lugar en que nos hallábamos, exclamando a lágrima viva que el Percy le había clavado un tenedor en el muslo. Ese día sí se acabó la pesca.

Capítulo 11. Almería 5: Arrullos, gansadas y perrerías

[TEXTOS XI]

Es sorprendente que desde el mismo momento en que comenzamos a aplicar el concepto de inteligencias individuales, se hace evidente que así efectivamente, a *grosso modo*, es como deben de ser las cosas. Las anticipadas anomalías se evaporan.

En algún que otro momento a la mayoría de nosotros nos ha cautivado la conducta de la hormiga. Contemplarlas es un pasatiempo que no comporta ni graves inconvenientes ni viajes lejanos. Las chavalillas despliegan un exquisito y certero juego de patas, tienen esa increíble y tan cacareada fuerza, y se manejan entre todas con un *know-how* de grupo pero a la vez un individualismo ardorosamente peleón, estilo latino, y que por lo general da óptimos resultados; o bien presentan una actuación en solitario igual de interesante para el espectador experimentado. Hablan entre sí acaloradamente y discuten mucho, incluso cuando uno de ellos pertenece a la raza de los amos, más grande y más negra. Podemos fácilmente colocarlas de forma que ejecuten maniobras bélicas defensivas con sólo remover el terreno o hiriendo a unas cuantas, a lo largo de su sendero, y entonces ellas ciertamente dan la impresión de que se ponen a ponderar el asunto y a tratar de allanar el camino en busca de una respuesta aceptable, muy parecido a como lo haríamos nosotros aunque tal vez sin *pensar* y mucho menos haciendo un cálculo estimativo de bajas potenciales.

Claramente cada una lleva consigo sus propios órganos sensoriales y los aprovecha al máximo. No hay ninguna antena de radar remota guiando ni los movimientos ni las decisiones del individuo. Naturalmente sus cerebros son de tamaño infinitesimal, aunque los tienen, lo cual es más de lo que se puede alegar en favor de las plantas y de muchas criaturas móviles. ¿Está su famoso “instinto de grupo” contenido en el ADN, con todos sus conocimientos y decisiones preestablecidas, o es esto meramente una evaluación humana errónea de las circunstancias? Aparentemente parte de la cuestión yace en su olfato. Cada

reina produce su propio unguento acedo el cual periódicamente se administra a cada miembro tribal.

Acaso la cuestión tenga poco sentido. Todos los actos individuales (el único tipo abierto a la observación) son “lógicos” y se aplican bajo circunstancias siempre cambiantes. Posiblemente podríamos afirmar que el factor hereditario confiere a cada una su inteligencia, pero no puede seguir abasteciéndola. ¡Una cosa que sí sabemos es que tanto las hormigas como las abejas están mucho *menos prefijadas* por patrones genéticos que nosotros! Ellas *deciden* durante su incubación los futuros sexos, si van a ser guerreras, obreras, ventiladoras, o incluso esos voraces, henchidamente prácticos tipejos almaceneros, de forma que coincida con unas predicciones de demanda extremadamente precisas. Es muy raro que necesiten eliminar a algún individuo o tipo, a base de variaciones en la dieta o el cronometraje. Diariamente están *haciendo* estas cosas en aras de la supervivencia, lo cual difícilmente podría achacarse a inscripciones acuñadas de una vez para siempre en las dobles espirales ni en ninguna otra parte.

Desde su “nacimiento” cada individuo se encuentra a sí mismo con limitaciones muy definidas y claras impuestas sobre sus potenciales aspiraciones. ¿Hay acaso algo que impida que cooperen, no disponiendo de libros ni revelados ni revolucionarios? [...]

Sospechamos que los entomólogos han saltado a su concepto de mente de grupo con la pértiga de sus propios prejuicios.*

[...]

Las hormigas están buscando su propio auto-interés ilustrado igualito que Adam Smith postuló que debíamos de hacer nosotros.

* Obviamente esto es meramente un entimema etiológico etmoide, que no ha de confundirse ni con la ética etimológica ni la puramente entomológico-etnárquica.

* * * * *

María, al poco de volver de la India, tuvo una niña, y cada tres años otra, hasta un total de tres. Tres meonas, decía mi padre. La cuarta vez fue un niño. Antes había ya quedado dos veces encinta, pero se malograron los dos embarazos. Uno de estos abortos fortuitos fue en la India, lo cual no me sorprende. Finalmente el inmenso alborozo de la primera niña nacida del matrimonio. Su nombre, Laeticia, que significa alegría. Mi padre insistió en que el nombre tenía que escribirse, y aún pronunciarse, con la “a” delante de la “e”. Por un tiempo dio en llamarla *Laeticia-Joie* y *Joie-Jolie* y *Joie* a secas, y luego incluso *Gay*, que, igual que los otros apelativos significa, o significaba, *alegre*, pero ya en inglés, y a la niña le gustó eso de *Gay*, porque todo lo que el padre decía estaba bien y es que ella adoraba a su padre. Pero luego cayó en desgracia, no el padre ni el amor que le profesaba la niña, sino la palabra. Después vino Janet y finalmente June. Fueron los años más felices de la ahora gran familia, con el regocijo de tener criaturas chicas por toda la casa, y en las vacaciones siempre hacíamos viajes estilo *camping*, lo cual nos encantaba a todos. Percy ya en los últimos años no se apuntaba a ninguna de estas salidas, no sé si porque prefería quedarse con sus amigotes o es que ya se había ido a los EE.UU. a continuar los estudios interrumpidos acá. Yo sí participé en todos los viajes posibles, con o sin familia. Y mejor con ella, pues había más dinero que gastar. Los campings tienen muchas cosas estupendas para los jóvenes: piscina o playa, columpios, salas de recreo, montones de niños deseando conectarse, de todo. Por lo general se ubican en los parajes más bonitos, como tuve ocasión de ver tanto en Francia como en Suiza, y en Portugal (Fátima), Galicia, Asturias (Luarca). ¡Qué maravillosos recuerdos guardo de aquellos viajes familiares, chapoteando en el agua con mis hermanicas y enseñándolas a nadar!

Es cuando más vi reír y también llorar a mi padre. Reía, y sonreía, como nadie... un hilo

directo del corazón a la boca y los ojos, tan suyos. Él tenía una como chispa de genio en su contemplar, chispa de quien lo ha conocido todo y desde siempre. También era un gran llorón: de alegría, de sorpresa, de pena, de soledad. De él aprendí que llorar es una virtud. No iba asociado al concepto de macho, pues machista era él y muy mucho. Nunca supo tratar a una mujer de igual a igual. Virginia Woolf y él nunca habrían hecho migas. La temería, la despreciaría, o la odiaría. O quién sabe... La mujer para él era una muñeca de porcelana, o una manifestación terrena de la belleza ideal, o una paridera, o un agente del demonio. La mujer simplemente no venía al mundo con los mismos propósitos que el varón.

Él en su mundo aparte y encerrado en sí mismo podía costearse esos lujos mentales. No tenía que defender o justificar sus opiniones ante nadie, ni por hacer la pelota, ni por amistad, ni por altruismo. Tampoco para ilustrar a los demás, ni tan siquiera a sus hijos. Creo que llegó lejos en sus muchas, largas y cálidas charlas conmigo, por la noche en nuestro salón; tan lejos y tan profundo como consideró conveniente. Pero trató de que lo que entrara en mi cabeza fuera honesto, equilibrado, e imparcial... dentro de lo que cabía esperar en él.

Tampoco era un cobarde ni quería que los hijos lo fuéramos, como cuando lo de la bicicleta, en que me quitaron los libros. Mi padre se había criado en una generación y en un país que idolatraba la violencia. Principios de violencia machista, diferente al machismo español. Un culto incondicional a la violencia que no compartíamos sus hijos. En España se gritan las cosas y todos en paz y como buenos hermanos. En América van derechos al cuello o a la pistola. No sin razón nacieron allí los hippies. Lo que no me parece justo es que para referirse al típico *macho man* el mundo haya recurrido al idioma español para encontrarle un vocablo. ¿Legado árabe? ¿Hernán Cortés y pandilla? Leyenda negra.

A decir verdad nadie encajaba mejor que el americano de Almería en lo de “la mujer en casa y con la pata quebrada”. Tenía que quedar claro quién llevaba los pantalones en casa. Ese privilegio y patrimonio era intocable, aunque sí escuchaba opiniones. Claro que Nena,

por equis o por y griega, se hacía respetar también. Era y es ella una persona que sabe cuándo hay que decir hasta aquí hemos llegado. Cuando algo le incumbía en lo más íntimo, y eso incluía a sus hijos (entre los que nos incluimos Percy y yo al cien por cien), ponía María un acto digno de las mayores tragedias griegas, shakesperianas, de Rivas o del Hartzenbusch. Y conseguía sus propósitos. Vaya que sí.

Las niñas. ¡Pandilla alegre, las niñas! Veo una foto de Percy, y qué torpón. No sabía coger un bebé. Él ahí plantado, a disgusto por mucho que sus labios esbocen una tenue sonrisa, y en las manos estiradas, flotando incómodamente en el aire, la niña. Incongruencia cubista. Y mira que a Percy lo usaron en una película para un bautizo cowboy. La vi en el cine y le habían doblado la voz. Qué guasa, ver a tu hermano con la voz cambiada. Éramos una familia bastante normal y muy feliz. Las niñas tenían como quien dice tres padres y una madre, con los papeles de cada cual un tanto difuminados. Todos hacíamos de todo, aunque en lo de la comida de los bebés y los pañales era la Mami primero y yo después. Eventualmente Laeticia me tomó el relevo. Lo tenía duro la Mami, porque nosotros podíamos ser más un estorbo que una ayuda. Pero lo hacía felizmente y con ese gran amor que siempre la ha caracterizado. De definitiva, que María era la gran mamá de todos nosotros, O. J. incluido.

El padre era el “justo juez”. Bueno... no siempre tan justo, y es que en este mundo no hay esa clase de justicia. A Laeticia le daban ciertos ataques epileptoides. Nada extraordinario, pero nos asustaba mucho aquello. Mi padre:

—Se le quitarán...

Nena conocía la fantástica opinión que mi padre guardaba de los médicos y de toda su jauría. Por lo bajini, a la chita callando, consiguió una visita privada con un doctor en casa de una amiga. Y le dijeron que se le quitarían. Bueno. Y se le quitaron.

La segunda, a la que llamábamos algunas veces por su nombre, Janet y otras Janilla o Janeta o hasta Janetilla, pero siempre con la “ya” de los argentinos, simpatiquísima ella, y es

que siempre estaba riendo. Era increíble lo que reía esa niña. Pues mira por donde, tenía estrabismo, o un ojo “vago”.

—Se le quitará.

Mas hubo de ser operada mucho más adelante, a los ocho años, y creo que cuando O. G. ya no estaba en control de operaciones. Antes de eso tuvo que llevar lentes de corrección — por un tiempo incluso con un cristal negro, ciego— que más que nada la acomplejaron, coartando esa gracia natural suya. El Justo Juez habría optado por sentencias salomónicas antes de aceptar una contraorden. Recientemente me han dicho que ese tipo de irregularidades es verdad que hay que esperar a cierta edad antes de operar... ¿será posible que mi padre tuviera razón en eso también, el puñetero? No sé, no sé.

La tercera, gitanilla bailaora. La simpatía parecía acrecentarse con el mayor flujo sanguíneo de la madre, aunque en lo físico los rasgos de esta June eran los que más se acercaban a los del padre, a los Waldenstone, de las tres hermanas.

Laeticia. La “segunda primogénita”: responsable, la cabeza en su sitio, pero el corazón revolucionario. Tomó lecciones de piano en la Sección Femenina allá en Obispo Obrero, un poco más abajo de la plaza del pescado (qué peste) y antes de aquella escuela de monjas, teresianas o carmelitas o Dios sabe, que a mí se me dan mal esas divisiones, de la que salían verdaderas hordas de colegialas muy emperifolladas pero no por eso menos chillonas, a ciertas horas del día. Prenda y niña de los ojos de la Mami era Laeticia.

Siempre tuvimos piano en casa, pues O. G. tocaba —y lo que era mil veces peor: cantaba— jazz. El piano lo tocaba bien, imitando con mucho regusto a su idolatrado Art Tatum, aunque resultaba más cercano a Fats Waller. Había tocado como suplente la batería una noche, en Saint Paul, Minnesota, nada menos que con Louis Armstrong, cosa que contó algo así como trescientas mil veces. Pero cuando se ponía a cantar al compás de la música que emanaba de las teclas, uno tenía que reír o ponerse a llorar, según lo borracho que se encontrara el pianista, y se agolpaban los chiquillos de la calle ante la puerta, normalmente

abierta, a pasmarse de cosa tan chiflada, no vista, y mucho menos, oída.

Cuando era Laeticia la que tocaba, la escena se parecía más a aquéllas de las películas, cuando la familia y las amistades se reúnen alrededor a escuchar a la chiquilla y exclaman eso de que qué lindo suena y qué portento de niña... a lo Shirley Temple o Marisol.

Las diabluras de las niñas las trataba Nena a base de gritos y *Daddy* a base de ominosos, elocuentes silencios. Lo segundo, naturalmente, era mucho más eficaz. Claro que él jugaba con todo tipo de ventajas.

De las niñas ojalá os pudiera contar mil cosas más, pero los tiempos iban cambiando y complicándose y todo se me mezcla en la memoria. Lo cierto es que trajeron muchísima alegría a la casa.

Yo empecé a noviar y pronto me marcharía de Almería, por lo que recuerdo mejor los acontecimientos de mi juventud temprana que los de los años mozos, en todo lo que concierne a este libro y su protagonista. Unido a esto, hubo una brecha generacional, casi, entre Percy y yo y los otros cuatro hijos, sobre todo el cuarto, Gus.

Pero retomemos el hilo de la narración y vayamos viendo los sucesos de la época que venimos tratando.

O. G. empezó a regularizar su horario —si no se iba de pesca, lo cual ya sólo hacía de tiempo en tiempo— el cual se conformaba a la siguiente pauta: Se levantaba para almorzar. Cosa muy seria era el almuerzo: ritualmente teníamos que estar toda la familia a la mesa, y nada de hacer el payaso. Para eso estaba él, si venía algo piripi y le daba por contar uno de sus veinte chistes. Después venía su siesta. Sobre las seis salía de tascas hasta la hora de cenar. La cena solía ser a las diez y pico y no era tan formal como el almuerzo ni teníamos que estar todos presentes. Televisión, café y muchas copas, y a acostarse a leer toda la noche, hasta el alba, la copa de coñac con su vaso de agua sobre la mesita de noche, la botella en el suelo. En lecturas era un monstruo. Aún no he conocido en mi vida persona tan leída, y de tanta omnívora variedad, como él. Claro que no todo el mundo se jubila a los 28

años de edad. Leyendo se lo tragaba todo.

Era un gran devorador. De libros, licor, y buenos filetes de ternera. Y antaño, mujeres. Y todo esto se le notaba. Más que por ninguna otra cosa, en que no tenía amigos. Estaban los de la pesca, como su suegro, y después, por el otro extremo, su médico particular, pues el doctor y su paciente se profesaban una estima mutua; ah, y el farmacéutico también. Combinando los tejemanejes que se traía O. G. entre su médico y su farmacéutico se procuraba prácticamente todas las medicinas que quería para los problemas que acarreaban los excesos de coñac, siendo el principal fármaco *Codeisán* con codeína de 3 miligramos. Estos problemas se resumían en una palabra: úlcera. Esta úlcera crónica se la trataba — eficazmente, alegaba, pues su receta estaba basada en la ausencia total de estrés— con tirarse tres o cuatro días fuera de combate a base de megadosis de alcohol y pastillas, que incluían la codeína y antiácidos al por mayor. Método sin duda diverso al del abuelo el cirujano. Eso sí: llegaría a su último adiós con el estómago, aunque hecho trizas, entero.

Por lo general no era amigo de emborracharse; las más de las veces mantenía un cierto nivel de alcoholemia en la sangre —alto, por supuesto— del que raramente subía o bajaba. Pero hubo muchas excepciones. Mi hermano y yo tuvimos que ayudarle alguna que otra vez a subir las escaleras de la casa a dormir la mona. La tarea no era fácil, por mucho que él nos balbuceaba instrucciones, paso a paso, sobre qué miembro o parte del cuerpo convenía agarrar o mover en cada instante del elaborado proceso. Instrucciones que no te dan un sofá o un piano.

Estaba yo un mediodía con mi padre yendo de tasca en tasca, aunque sólo él bebía, mientras yo disfrutaba de las tapas, y cuando ya salíamos del bar Imperial en la Puerta de Purchena él ya no podía andar. Lo tuve que ayudar a meterse en el coche, y recuerdo que una señora se echó las manos a la cabeza, como diciendo: ¿Qué locura estás haciendo, chiquillo? Pero yo sabía que mi padre conducía mejor que andaba, incluso por las tortuosas callejuelas que conducían a nuestro hogar dulce hogar.

A continuación os cuento una faceta mía de niño, que compartí con mi hermano, y que fue la de experimentador. No habrá necesidad de que recalque que nuestro padre no sólo no estaba en contra de estas actividades, sino que las alentaba. María naturalmente era de diverso parecer. A decir verdad su opinión era diametralmente contraria. Con vuestro permiso, procedo a narrar lo que podríamos llamar “Experimentos y chaladuras de Percy y Erik”.

Mi padre soportó con continente sereno muchas trastadas nuestras. Una derivó de prácticas químicas: con nuestro primer juego de química conseguí derramar el bote de ácido sulfúrico concentrado sobre la almohada en un hotel. El negro agujero fue rápido y certero hasta el suelo, atravesando funda, almohada, mantas, sábanas y colchón, y no atravesó la losa del suelo por chiripa, que bien que lo intentó y dejó su sello de distinción. Y eso ocurrió el mismo día, la misma tarde, en que recibí el juego. Fue en Lisboa, lo recuerdo como si fuera ayer; yo tendría trece años y el *kit* o laboratorio debió de ser para que no nos aburriéramos mientras él despilfarraba el dinero de la familia en la ruleta y el *blackjack*. Durante el viaje estuvimos Percy y yo recibiendo la antirrábica en la barriga: veinte inyecciones de no-te-menees, una cada noche; y como la gata que nos mordió se murió cuando ya teníamos proyectado el viaje y no era cuestión de cancelarlo por algo tan tonto como la rabia hidrofóbica, O. G. se ofreció generosamente a ser nuestro practicante. —En fin, ya que insistes... —Como nosotros veíamos esa aguja tan larga, tan larga, y no queríamos que nos la clavara demasiado hondo —que conduzca borracho, pase, pero que nos ande clavando agujas en el estómago, eso ya es harina de otro costal— se lo advertíamos: —No muy honda, ¿eh? —y así a veces la ponía el pobre tan superficial que parecía una vejiga de las que te salen cuando te quemas con una colilla.

También fue en algún restaurante portugués, tras pedir pollo (*frango*), que mi padre vio irrefutablemente confirmadas sus sospechas de que los españoles vivían la mar de bien en España, pues en sus grandes demostraciones, en lugar de pan, exigían este ave: “¡*Frango*,

frango!”

Siempre estaba haciendo juegos malabares de palabras, Decía, por ejemplo, que las mujeres decentes no deben beber leche de la marca *Ram*, no sea que se las tache de rameras. El caso es que a menudo hacía estos pinillos lingüísticos mezclando varios idiomas —a él le daba igual—, con lo cual, naturalmente, eran pocos los que le cogían la gracia, de lo que aducía que el 98% de los humanos son unos botarates rematados.

Volviendo a la química y los experimentos (palabra que aún pone escalofríos en el cuerpo de María), Percy y yo nos hicimos expertos en hacer bombas con pólvora, que fabricábamos a partir de cero. Hasta la mecha la confeccionábamos nosotros. Para el cuerpo usábamos los cartuchos de aluminio de las películas Kodak, reforzados con papel de periódico liado por dentro. Hacíamos docenas de ellas, y buenos zambombazos que daban. Cuando reuníamos quince o veinte nos subíamos al cerro y armábamos la de San Quintín. Explosionamos una en nuestro cuarto, metida dentro de una vieja guitarra... ¡qué gracioso y en cuántos añicos quedó la guitarra! Pero los vecinos creyeron que había sido el butano y fue gorda la que se armó. En otra ocasión una colilla mía arrojada por descuido sobre el azufre causó fuego retardado en la habitación. Se alinearon las vecinas por los terrados pasándose los cubos de agua y apagaron el fuego antes de que llegaran los bomberos, y es que sin las mujeres ¿qué íbamos a hacer los hombres? Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir, el verdadero accidente. No llegó a mayores, sólo cortes y contusiones, pero es cierto que uno de los chaveas, precisamente uno de los dos cuya madre fue candidata a convertirse en “la Americana”, se hizo un corte de metralla bastante profundo en la mano, y también perdió las dos paletas con el impacto. La buena señora ni por esas quería denunciarnos, y no lo habría hecho de no ser presionada por todos los vecinos de la zona. El juez nos prohibió para siempre hacer esas cosas. También se enteró el director del Instituto, que se iba hartando de americanos liberales. Deduzco que harían indagaciones sobre nuestros hábitos ¡jé!, y no me extrañaría que además saliéramos en el periódico. A Don Pascual, el director,

los americanillos le traían por el camino de la amargura. Percy tenía como novia a la hermana de una de las profesoras jóvenes del Instituto, y por ella nos enterábamos de las críticas contra los dos Waldenstoncitos que realizaban los profesores en sus cónclaves, como cuando en un viaje de estudios hubo un problema de vomiteras por parte de un hijito de papá, que tuvieron que detener el autocar para que el chico echara las papillas, y dijeron que yo lo había emborrachado; y que si —en el mismo viaje—yo había metido una rata muerta en mi bolsillo dentro de la pensión de Córdoba, y blah, blah, blah. Yo, siempre el gran culpable, había de ser castigado por el director y el jefe de estudios (ambos profesores míos para ese curso), así como por el profesor de Historia, que fue quien había organizado la excursión. Total: que acordaron en una reunión otorgarme tres suspensos disciplinarios. Es que eso no era una república.

De otra cosa que se enteraron el director, el jefe de estudios, y el director del colegio mayor contiguo al Instituto fue que Percy, o yo, habíamos estado “vendiendo” (por cantidades irrisorias) unos polvos de bencedrina para estudiar, y alguien en el colegio mayor dio el chivatazo. Lo que les proporcionábamos era una chispi-ti-ti-lla de nada... A veces incluso les dábamos un placebo, como un cuarto de aspirina machacada, y decían que hacía el mismo efecto.

Casi nos expulsan, pero mi padre intercedió por nosotros. Él siempre dio la cara por sus hijos, prefiriendo echarse a sí mismo la culpa antes que vernos sufrir ninguna desgracia.

Fue, después de todo, él quien se había traído de los EE.UU. una lata de café llena de bencedrina pura en polvo. La tenía encima del armario y él consentía —quien calla otorga— en que cogiéramos de vez en cuando un poquito. Era bastante eficaz tanto para estudiar como para evitar los tambaleos de las borracheras. Bueno, te tambaleabas igual, pero creías que no. Como le ocurrió a un amiguillo nuestro, que tras tomar los endiablados polvos se creía poco menos que Supermán, y fue por el parque metiéndose con todo el que se le ponía delante, provocándolos, hasta que le arrearon bien arreado. Medía un metro y cincuenta y un

centímetros, y cuando le tocó ir a medirse para la mili se tiró, siguiendo nuestras sugerencias, tres noches de juerga a base de bencedrina. Inicialmente “no daba la talla”, pero por desgracia el facultativo ya sabía qué hacer, que fue atizarle un revés en la zona lumbar, lo cual lo dejó más tieso que un palo, y acabó enrolado.

Dicen que las anfetaminas son altamente adictivas, pero ninguno de nosotros nos enganchamos, posiblemente por desconocer su poder de adicción. Cuando se acabó, años después, pues san-se-acabó, sin más. Percy si acaso abusó un tantito. Pero es que Percy se enganchaba hasta a la Coca-Cola, del que decía sufrir síndrome de abstinencia o “retiro” cuando interrumpía su ingesta. El padre tampoco abusó de la anfetamina en Almería, que yo sepa. Y él sí debía ser consciente de los peligros. Nuestra droga elegida obviamente era la priva, el trinqui-trinqui. Ni el *cannabis* ni ninguna otra cosa me han atraído nunca, ni sentado bien. Tampoco es que me faltara la ocasión, con las riadas de hippies que se bajaban del barco de Melilla y llenaban los cuartuchos de las pensiones más escondidas de la ciudad, desprendiendo un tufillo que tiraba de espaldas, a hachís y a hippie, y digo que “llenaban” porque se apuntaba uno y luego se colaban veinte más.

La peste a Hippie, además de hachís, y de mugre, incluye otro ingrediente hartito letal, que sin duda ya habréis adivinado. Efectivamente: el patchouli. ¡Osú qué pestazo! Dudo que viva un solo almeriense de mi quinta que desconozca ese penetrante y arrollador perfume.

Mil veces mejor es la “peste a gitano”. Cuando yo me iba a *hacer torillos por-ái*, como lo llamaba un profesor de religión que tuve, muy simpaticón él, que me llamó un día puñetero y yo, que confundí esa palabra con “putañero”, me ofusqué cosa mala, y luego decía que los más rebeldes hacíamos los mejores curas, Dios me libre, pues cuando me iba a hacer torillos por-ái, repito, me aseguraba de no acercarme a ninguna hoguera por mucho que me sedujera, porque luego Nena se daba cuenta. ¡No nos tenía calados ni nada, anda que no!

—¡Erik, ven pa acá y no te me escondas, furriaje! ¡Qué peste a gitano que echa el jodío!

¡A mí no me engañes que tú no has ido a la escuela hoy! —y me echaba un rapapolvos de veinte mil kilopondímetros al cuadrado. Luego continuaba —¡Te voy a dar de restregones con el estropajo en la bañera hasta que no te queden ni los pellejos! Verás tú, con esa cara de mono que tienes... ¡te la voy a borrar!

Y ya que hablamos de drogas, diré que mi padre tenía, como mencioné arriba, un médico particular que le recetaba los medicamentos que él decidía que necesitaba. Durante un episodio particularmente agudo de su úlcera hasta le firmó tres viales de morfina, las cuales tuve que dárselas yo, pobre de mí, aunque, eso sí, por vía intramuscular, en el culo, por suerte.

Una consecuencia de este estado de cosas fue que el farmacéutico ya nos conocía a los dos hijitos, e incluso accedía a proporcionarnos algunos fármacos más o menos inofensivos sin receta, siempre bajo el supuesto de que eran para nuestro señor padre. He ahí que nos enteramos del *clorhidrato de yohimbina* y sus propiedades afrodisíacas y, solicitado el producto al farmacéutico, éste decía que nanay de la China, que para qué iba mi padre a querer eso. Pero tanto le insistimos en que eran para un señor amigo del padre, que vivía en un pueblo, y lo necesitaba para sus cerdos, y tal —cosa que nunca se tragó, seguro— que nos la vendió para que lo dejáramos en paz. O por si las moscas. Era una caja con un el tubito de doce pastillitas. Mi hermano y yo nos repartimos el bote entre los dos. Cada cual queríamos llevar a cabo nuestras propias investigaciones con nuestros respectivos ayudantes de laboratorio. Me enteré luego de que ellos al final lo tiraron todo por la taza del váter, y muy bien que hicieron. Pero yo tenía que experimentar. El plan, tal y como yo lo veía, era simple: averiguar si las chicas se volvían rematadamente locas por el sexo. Ya las veíamos tirándose para nosotros echando espumilla por la boca... ¡desenfrenadas! Así íbamos bromeando y fantaseando este amigo mío, el Lolo, y yo, y cogimos una de nuestras seis pastillas y la echamos en un vaso con dos dedos de agua. Pero la tonta ni siquiera se disolvía. Total, que fallando el plan A, procedimos al plan B. Nos tragamos el resto, que

tocamos a dos pastillas y media por persona, y fuimos por todo el Paseo y el parque de Almería como unos salidos, con los ojos yéndose tras las pantorrillas de las chavalas. Y es que éramos unos jóvenes muy sugestionables.

De hecho Lolo lo era tanto que un día se presentó en mi casa con un doloroso tortícolis, y sugirió que, puesto que mi padre tenía tantas pastillas para todo, seguro que habría alguna para algo tan burdo como un tortícolis. Había un bote donde —cosa curiosa— se hallaban revueltas píldoras de todos los colores y tamaños. Las esparcí en la palma de mi mano y él cogió una amarilla muy bonita. —¡Ésta es la del tortícolis! —dijo. Se la tomó... ¡y a los veinte minutos quedó como nuevo!

—¡Ahí te has pasado! —objetará incrédulo el respetabilísimo lector, y yo os doy mi palabra de honor que eso sucedió realmente así, con pelos y señales, y estando mi amigo absolutamente sobrio. No conocisteis a Lolo. Este muchacho poco después se había de convertir, ¡mítico Lolo!, en *El Gran Maestro*. Pero de eso hablaremos más largo y tendido en el próximo capítulo. Por ahora no pasaba Lolo de pequeño chiflado.

Dejaré de aburrir al estimadísimo con tanto experimento en cuanto termine de contar cierta competición en que nos vimos enfrascados mi hermano y yo, que consistía en ver quién de los dos desarrollaba la mejor ballesta o pistolita lanza-flechas, con el mejor mecanismo de gatillo, etc. Las herramientas de que disponíamos eran de lo más rudimentario. Probamos con caña de bambú, con goma de neumático, con muelles... lo más eficaz, buen preparado y reforzado el artilugio, eran los flejes que nos quedaban de los baúles del viaje a la India. Ya os dije que mi padre no tiraba nada. Salieron algunos modelitos bastante interesantes, para horror de Nena y curiosidad del padre. Afortunadamente no matamos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos, de tétanos, usando como lo hacíamos como diana la caja de las necesidades de los gatos, que estaba en el rincón del cuarto al que mejor se podía apuntar.

Nuestro cuarto. Otra estampa. Yo lo tenía todo pintado en plan mural, pero con lo

primero que se me ocurría, sin orden ni concierto. Hasta los amigos quedaban invitados a participar, como en la historia de Tom Sawyer. El techo lo pintamos con los pies, montones de pisadas, y mayormente, si no en su totalidad, de negro, para lo cual usamos como andamio la litera. Era mi hermano quien dormía en la cama de arriba de la litera, ja, ja, y a veces se caía... ¡pumba!, ja, ja, se volvía a subir, y luego por la mañana ni se acordaba. ¡Qué panzada de reír el Percy! El armario, divino armario, ¡qué de tesoros no ocultaría! Era grande, empotrado, tapada con una cortina estampada de monigotes que hacía juego con el resto del cuarto. María no osaba acercarse a nuestro armario. El cuarto entero lo tenía María por un antro de perdición, salvo que además de asco producía terror.

Hemos tenido, he de admitirlo, un padre permisivo.

Pinté un cuadro, un bodegón o *nature morte*, al óleo, para lo cual de algún modo llegaron a mis manos unas calaveras. Yo apagaba la luz, grababa la imagen en mi memoria, y la encendía para pintar. En todos los días que estuvieron aquellos cráneos en la casa en exposición, con margaritas de aceite, tétricas velas y rojos terciopelos sirviéndome de modelo, Nena no durmió, insistiendo en que teníamos el mal fario, “la negra” en casa. Aquel simpático bodegón, en que el negro, por razones obvias, era el color predominante, fue mi regalo de bodas para Percy. Pero como no funcionó aquello —el matrimonio quiero decir—, lo recuperé. Mi “Nature Morte” adorna hoy mi sala de estar.

Y ya que estamos refiriendo cosas tétricas, os he aderezado otro precioso cuadro de costumbres, si no macabro, sí sumamente fastidioso.

Vayamos a 1965, por un decir. Buenos días aquellos, con Paul Nashy de hombre lobo animándonos las vigiliass en el cine. Imaginemos que estaba uno con un par de colegas arriba en el gallinero del Teatro Cervantes, trece pesetas con cincuenta céntimos la entrada. Después, como las filas de “delantera” no las ocupaba nadie por no pagar la diferencia, te colabas y te sentabas pegando a la balastrada desde donde se podía ver y oír mejor la película, y veías también la sala de butacas con toda la gente abajo, y a los lados los palcos

en los que ocasionalmente se colaba alguna parejita a darse el lote. Pero ojo, no había que pasar a “delantera” hasta después del primer corte de la película, que es cuando pasaba siempre el acomodador. Quédese atrás la chusma, que no hace más que meter jaleo y comer pipas y tirarse peos los muy guarros. Ahora viene lo mejor. ¿Quién no ha llevado allí polvos pica-pica para soltarlos sobre el público abajo y esperar a que empiecen los estornudos antes de esconder la cabeza? ¡Qué panzá reír, madre mía! ¿O una bomba fétida? Noooo. O tal vez... Bueno, por una vez que pase, ya que las hemos comprado... Pero sólo esta vez y porque la segunda película es un callo; de amores, seguro, y en cuanto explote nos largamos pitando. ¡Hay que salvar el pellejo!

Cerca del teatro Cervantes había una tienda de artículos de broma. Una de nuestras tiendas favoritas. Una cagaleta falsa compramos, tan bien hecha, que revolucionamos con ella a todas nuestras vecinas de la calle, una a una, colocando aquella hermosa plasta marrón sobre su peldaño, o dentro de la entradilla de su casa. La calle Duimovich ya no era lo que había sido.

Como colofón a esta larga retahíla de locuras y despropósitos, un desafortunado accidente. Mi padre tuvo aquí la mayor parte de la culpa, pues la idea fue suya.

Se había comprado un Simca 1000 rojo. Con el Alfa Romeo teníamos un problema, y era que su matrícula seguía siendo romana. Había salido una nueva ley que nos exigía, o bien pagar la matriculación española (una barbaridad de dinero para un trasto tan viejo), o rendirlo a las autoridades. Él, para no variar, escogió el camino del medio. Quería instalar el motor, que todavía era bueno, en nuestro barco, en sustitución del lentísimo motor diesel que éste tenía, a ver si así pudiéramos practicar esquí acuático o vete tú a saber. Yo tenía 17 años, y ya me había dado lecciones de conducir en el puerto, que se abría diáfano y maravillosamente libre a cualquier paseante en aquellos tiempos. Él llevaría el coche viejo delante y yo seguiría detrás con el Simca, desde la espalda de la estación de autocares (cerca de la estación de trenes) hasta el Club de Mar. Bastante simple. Justo cuando mis ruedas

delanteras pisaban ya la explanada que había delante del Club, tras hacer la maniobra de torcer a la izquierda, se me abalanzó encima, proveniente de la Pescadería, un hombre que conducía una moto de gran cilindrada. A pesar de ir él a excesiva velocidad, y demostrarse que manejaba bajo la influencia del alcohol, yo era menor de edad. Mi padre se responsabilizó plenamente. Y pagó. Y siguió pagando. Seis meses estuvo el hombre con su yeso, costeadado. Dicen —en Almería se enteraba uno de todo— que se hacía dar golpes en la espalda y hasta se metía gozoso en pendencias y trifulcas para seguir cobrando su mensualidad. También afirmaba el accidentado que me iba a hacer picadillo a mí, en cuanto me pillara por banda, amenaza que estuvo vigente mucho, muchísimo tiempo. Menos mal que el tío, algo chulillo él, cuando, yendo por la calle, le decía un compinche:

—¿No es ése el americano del accidente? —contestaba siempre:

—No, ése es el farfollas del hermano —bendito sea Percy por los siglos de los siglos. Después de oírle pronunciar, en persona, un par de veces tales palabras, se me quitó el miedo que tenía de toparme con aquel matón escayolado a la vuelta de cualquier esquina.

En cuanto al destino del Alfa Romeo, decidió Olin que lo mejor era entregarlo a las autoridades y comprarlo de nuevo en subasta pública. Pero antes, acordándose de que —ya desde Minneapolis— tenía dos experimentados apaleadores de coches en casa, nos dijo que adelante y a ver cómo os portáis. Luego le diría a la policía que “se lo habrían destrozado unos gamberros”, lo cual no dejaba de ser verdad. Por desgracia no lo entregamos lo suficientemente desfigurado como para evitar que alguien reconociera que ese amasijo de metal y cristales rotos encerraba un buen motor, y ofreciera más de lo que mi padre estaba dispuesto a pujar por él. Acaso Percy y yo habíamos defraudado al padre, pero la verdad es que, cuando ya no eres un niño, destrozarse un auto no es lo mismo. Y encima, con permiso. ¡Peor!: por obligación. ¿En qué cabeza cabe?

A Tarzán, ¡ay noble Tarzán!, le llegó la hora de dar su último adiós a la calle Duimovich y a sus peripatéticos amos, y lo hizo —se me parte el corazón al tener que recordar— de la

forma más humilde. Perdidas las fuerzas, el apetito, el soplo vital, se escondía bajo nuestro coche, frente a la puerta de la casa, que es lo más apartado que su cuerpo macilento lograba arrastrarle, apesadumbrado de que su fea y enferma sombra, su sucia pelambre, pudiera ofender nuestros ojos. Se negaba a ser un estorbo el que siempre había sido nuestro más solícito amigo y defensor. Mi padre quiso aliviarle el dolor, cual hacen con los caballos en su país, y nos mandó sacarlo del triste lecho último y entrarlo en la casa. Apareció un recio martillo. El déspota de mi padre pretendía, para colmo, inculcarnos una lección de hombría al ordenar que el sacrificio lo llevara a cabo uno de sus hijos. Horrorizados, Percy y yo dijimos que ¡nunca jamás! Verdad era que habíamos matado gallinas de las que criábamos en el terrado, colocando la cabeza debajo de una tabla y tirando del animal hacia arriba hasta arrancársela de cuajo, para soltar el cuerpo luego y ver cómo correteaba decapitado sin rumbo, aleteando; y lanudos conejos, de un certero golpe de kárate en la nuca; era verdad que no dudamos en cazar pajarillos con los vecinos, con sus redes, con cepos y aún con escopetas de perdigones; verdad que nos subíamos con varas de madera a todo lo alto de las murallas del Cerro de San Cristóbal, aprovechando aquellos agujeros simétricamente emplazados que ya tenían las murallas, y atrapábamos los vencejos, que llamábamos *aviones*, de esta guisa, y les arrancábamos la negras plumas tras retorcerles el pescuezo (¡qué horror!); verdad, en fin, que le habíamos quitado la vida a miríadas de peces, y moluscos... y a las ranas de las balsas les disparábamos para ofrecerle las ancas fritas a *Daddy*, el señor de la casa...

¡Pero matar a Tarzán!

Él mismo lo hizo al final, tras hondas vacilaciones, ¡pam, pam, pam! Y los tres llorábamos alrededor, y Nena y las niñas al fondo de la casa en el comedor, ellas también lloraban, y los vecinos, que nunca se fijaron en el saco que mi padre metió en el maletero con una pala y que llevó lejos, a enterrar, ellos también lloraron. Y la calle quedó un poco más sola y silenciosa y triste sin Tarzán.

Después de Tarzán nunca he tenido un perro.

Ahora prefiero que corramos un tupido velo y cambiemos de asunto y de capítulo.

Capítulo 12. Almería 6: Tabernas y disparates

[TEXTOS XII]

El Generalísimo Francisco Franco Bahamonde, todavía el hombre más malentendido del mundo, y la Iglesia Católica, el grupo más malentendido. Aunque Franco fue practicante sincero, y condujo con toda probabilidad la última Santa Cruzada, los temas no están muy relacionados excepto en mi propia mente y experiencia. Él fue un líder político, no religioso [...]

[...]

En España la vida parecía ser como debía ser la vida, tan agradable y sin prisas que yo me vi con nietos en la escuela antes de quitarme el sombrero. Y allí gradualmente aprendí la verdad oculta sobre las escuelas americanas, a las que brevemente yo había asistido y enviado a mis niños. La forma elemental de esto, Watson, no tenía nada que ver con la escolaridad. Yo era la personificación del texto relleno de folclore arcano. Todas una retahíla de inútiles *errata* que yo sabía que eran ciertas y no lo eran en absoluto. Aquellos de nosotros que fuimos [a España] esperábamos sentir castañear nuestros dientes de horror ante las succulentas escenas, evidencia de prejuicios raciales y de vil fascismo. En España no te encuentras estas cosas cuando vas, donde los encuentras es en casa [Los Estados Unidos]. Digamos que te topas con los brutales policías, a lo mejor con metralletas, mantienes una charla con ellos, y ellos o vosotros os marcháis por vuestro lado. De seguro que vuestro grupo se sentará inmediatamente y os miraréis maravillados. Deben de haberles ordenado tratar a los extranjeros así. Dios, qué duro ha de ser para los polis. La esposa dirá: —A lo mejor soy yo por lo guapa que soy —y es que tú te has dado tus buenos topetazos de frente con los brutales policías allá en casa. Lo harás cien veces, pero acá nunca hallarás a un “religioso” cargado de prejuicios, ni siquiera las monjas parecen gente “religiosa”. Cada día nos asombramos desde alguna perspectiva nueva ante el modo de vida tan libre y desinhibido, no el de las monjas, naturalmente (aunque

son muy alegrotas ellas), en las ciudades. Las puertas abiertas de par en par y un singular desparpajo con las posesiones, fogatas en las calles, alegres serenatas a altas horas de la noche y los niños aún levantados, orinar casi en cualquier sitio sea del sexo que seas sin despertar interés ni comentarios. España definitivamente presentaba desajustes pero no dureza ni religiosa ni política.

[...]

Es difícil elogiar a Franco y que te escuchen. Como mucho, algunos al final puede que admitan que a pesar de todo él consiguió hacer algunas cosas positivas, pero quitemos eso de en medio, no puede ser, fuera. No sugiero que lo hagáis. La cuestión pertenece a España exclusivamente, y naturalmente Franco está ahora muerto. Se me saltaron las lágrimas cuando me enteré en mi mísero hotel asiático. No lágrimas copiosas, ni unas poquitas bien escogidas, sino a solas allá en mi cuartucho. Sin embargo me oyeron y se burlaron de mí, y lo discutimos por encima de las particiones que formaban las habitaciones en ese cuchitril en el fin del mundo, la base de este fragmento. Para mí parece absurdo suponer a Franco como algo menos que un milagro. Ningún otro ser humano habría podido controlar la labor que él realizó, no diferentemente ni un poco peor y todas esas babosadas, sino simplemente controlarlo y punto. Y una labor tanto mejor realizada cuanto que la dejó terminada. En España naturalmente.

¿Qué tipo de monstruo era? Un intelectual con *conojes*, * bajito, rechoncho, y cansado.

[...]

Me apenaría profundamente también ver el concepto franquista de sindicato desaparecer, aunque a lo mejor lo hace. Todos los que lo contemplan desde fuera reaccionan ridiculizándolo y con muecas de desprecio. ¿Fue realmente el sistema unionista americano lo que produjo los altos salarios y la productividad? ¿La que estipula que los empleados y patronos son enemigos de sangre irreconciliables? ¿Y funciona este programa en algún otro sitio, en cualquier parte del mundo? Cabe la posibilidad de que los dos grupos que existen en cualquier industria comparten muchos intereses comunes (la

* En castellano en el original. Nota del traductor.

hipótesis española) y habría que prestar atención a arreglos mejores y más perdurables. La cabeza y el cuerpo persiguen los mismos goles.

En cualquier caso ocurrió un milagro económico y político bajo Franco como bajo una gallina. Los trabajadores poseen orgullo y dinero, y muchos privilegios que otros ni disfrutaban ni tienen esperanzas de disfrutar. No pagan impuestos, no se le puede despedir sin causa grave, medicina gratis, y una jubilación liberal sin contribuciones. No se consideran explotados ni tienen que llevar encima la etiqueta del rencor.

* * * * *

En Almería se venía rodando una media de 40 películas al año o más, y primero el padre, y después yo, hicimos todo lo posible para que los dos hermanos fuéramos contratados en algunas, durante el verano, aunque fuera de extras, y es que participaron en los rodajes hasta los gatos. Mi padre se habría apuntado también si no fuera porque había que presentarse al lugar donde se hacía la selección a las cinco o seis de la mañana, sin ninguna garantía de que te escogieran. Y por otro lado, por muy de película que fuera la cosa, era curro, y eso le podía provocar una alergia o algo. Mejor quedarse en casa y en la cama.

Fue Percy el más beneficiado, por su estatura y físico, pues decían, y era verdad, que se parecía a Troy Donahue (en almeriense pronunciado “Donágüe”), y le ofrecieron muchos papeles de doble de luces, y a veces hasta apariciones breves en la película.

Con todo, yo conseguí el trabajo mejor, pues me convertí en el recadero de la oficina de Producción para una película inglesa. Mientras los demás tenían que estar al pie del cañón, de madrugada, para ser transportados en autocares al rodaje y a la solanera del Campo de Tabernas, yo me presentaba a las nueve y pico en la oficina de la calle San Francisco de Asís, cerca de Correos, y me tiraba el día mirándole las braguitas a la minifaldita de la secretaria. ¡A dónde hemos llegado... y adónde llegaremos! La minifalda acababan de sacarla los ingleses y yo ya la estaba disfrutando en Almería, para que luego digan que las cosas van lentas en Andalucía. La principal ocupación de la jovencísima secretaria de producción era tenderse en el sofá bebiendo refrescos y haciendo comentarios sobre el calor que hacía en la calle. Con aire acondicionado y yo derritiéndome... y es que vaya *show*. Teníamos cuenta ilimitada de gastos en la Gamba de Oro y la mía era la única jeta conocida en el bar, y no en toda su extensión, pues entre otras cosas yo llevaba un flequillo como el

tipo ese de la película de los Bravos, *Los chicos con las chicas*, siempre soplándomela para arriba. Cuando llegó la feria de agosto no tuve excesivo regomeyo en henchir la cuenta con unas cuantas botellas de champán para beber con los amigos de jarana. El camarero tuvo que aceptar, no sin una mueca socarrona, que yo estaba haciendo horas extraordinarias. ¡Y anda que no!

Entre las mil anécdotas y chascarrillos que cuentan de los rodajes, cabe mencionar aquél en que le pagaron a un gitano cinco mil pesetas para que Anthony Quinn le pegara un cate, y que como le partió la mandíbula, salió el gitano corriendo detrás de él con su navaja trapera que lo rajaba de abajo arriba. Eso fue al lado de la Plaza Vieja. Habían disimulado las fachadas de las casas almerienses, incluida la del bar Casa Pepe, con decorados al estilo de los palacios musulmanes. En esos días te paseabas por la ciudad y no estabas seguro de si seguías en Almería o no. No me extrañaría que mi padre no pudiera encontrar su bar favorito durante una semana. Pura magia.

También estuvieron en Almería Paul McCartney y John Lennon, de quien se dice que compuso *Strawberry Fields* aquí. Eso sí que fue magia. A dónde va a parar una cosa con la otra. Sería el sol y el desierto. O el L.S.D. y la grifa. O a lo mejor es que como iba en esas limusinas con las ventanas tan negras nunca llegó a ver nuestra capital.

A un amigo nuestro le pusimos de mote el Ketchup, con acento en la “u”, como mandan los cánones de ortografía. Supongo que una de las razones sería porque se llamaba Jesús, pero el motivo principal fue por haber trabajado en *Sol rojo*, que protagonizaban Charles Bronson y Toshiro Mifune. Su papel fue estar tumbado en un vagón de tren haciendo el muerto con un pegote de pingajos rojizos o vaya usted a saber qué sobre la barriga como si se le estuvieran saliendo las tripas. Y es que tenía una cara de película, una cara *dura* a más no poder. Con esa *jeró* podía trabajar en cualquier película que quisiera. Su suerte para los rodajes era tanta como la del mismísimo Habichuela, otro mítico pelicularo, hombre “chiquitillo pero recarcaíllo” que llevaba barba a lo Steve Reeves, el que hacía de Hércules.

Pero luego, como era un vago, siempre llegaba tarde al lugar donde escogían a los extras o caballistas que iban a necesitar ese día. El Ketchup acabó por convencerse de que era guapo. Solía pasear arriba y abajo por la playa todo el santo día mostrando esa increíble dureza de cara a las bañistas, pero no se comía una rosca. Lo más probable es que la cara se le fue endureciendo a base de los palos que recibía por lo pesado que se ponía cuando bebía. Refuerza esta hipótesis el hecho de que a cada tres por cuatro aparecía con un brazo o una pierna escayolada.

Íbamos una mañana caminando entre bar y bar, y aparece el Ketchup, a media manzana de distancia, haciéndonos señas.

—¡Vámonos rápido, que viene el Ketchup! —apremiaba el líder de nuestra comitiva, que había estado viviendo en Suecia y era experto en hacerse, cuando no el *longui*, el sueco. Aceleramos el paso. Ahora tendríamos que encaminar nuestras pisadas a “Ca Tonda”, en lugar de La Reguladora, si no queríamos que nos diese alcance y nos fastidiase una mañana espléndida.

—¡Esperarme, joder, que no puedo correr! —suplicaba, mientras lo dejábamos atrás, con tres palmos de narices. Siempre andaba tieso de dinero. Pero más tiesa andaba su pierna, con tanto yeso. ¡Ay Ketchup!, si es que no había forma.

Una madrugada, que ya habían cerrado todos los bares, va y le entra algo, un dolor de los que no se pueden aguantar. No le había dado antes en el bar, por supuesto, le da ahora. Lo llevamos a la Casa de Socorro, en la Plaza San Sebastián. Nos sientan ahí en una banqueta y a esperar. Y esperar.

—¡Tírate al suelo, Ketchup! Verás como te atienden —pero él se queda muy peripuesto con esa cara tan superdura, si acaso quejándose una chispa. Seguimos insistiendo. Por fin, viendo que la cosa no prosperaba, cede sumiso y se tira sobre las blancas baldosas. La martingala funcionó. Al minuto ya lo tenían en la camilla examinándolo, con una buena inyección de Valium en el brazo. Todo solucionado.

Quisiera hablar de Percy por un corto trecho, y de cómo me llevaba con él. Sin la entrañable presencia de Percy, tanto la presente historia como mi propia vida carecerían de un ingrediente esencial, incluso me atrevería a decir que no tendrían sentido. O. G., Percy y Erik... cabal trío.

Como habréis sin duda advertido, los dos hermanos siempre hemos estado muy unidos, hasta el punto de necesitarnos mutuamente si aspirábamos a sobrevivir los traumas de ciertos transplantes radicales de cultura. Lo cual no obstaba para que tuviéramos nuestras encarnizadas peleas como todos los buenos hermanos las han de tener y es ley de vida. Un fenómeno corriente y moliente en definitiva. Yo siempre llevé las de perder, al no aventajarle en ningún área que se me pueda ocurrir en estos momentos... acaso en ser algo somormujo o zorrillo, y él más noble. Al menos eso dice la Mami, y algo de cierto habrá puesto que la fama aún perdura, y por el mero hecho de haber sobrevivido para contarlo. De chico mi arma principal era encerrarme en el váter y esperar que mi acosador se cansara de acechar fuera, o intentar dialogar en vistas a un tratado bilateral de no agresión. Bueno, bilateral, ¡já, bilateral...! Una tercera esperanza es que viniera algún adulto, pero entonces no había garantías de que en cuanto nos viéramos solos no me caería una lluvia de palos y no del cielo precisamente. Y si me negaba a salir me las vería y desearía para comunicar a aquel adulto la imperiosa necesidad que tenía yo del váter, y no estaría mintiendo. Peor todavía: cabía la posibilidad de que Percy se fuera de la lengua y contara cómo había empezado todo, pues lo normal era que el culpable hubiera sido yo. En los años medios, habiéndoseme quedado chico lo del retrete, no tenía ningún recurso sino poner tierra por medio o mirar entre mi impedimenta a ver si llevara alguna pistola con flechas encima, y con suerte cargado, lo que no era nada probable. La otra opción era rezar por que la tunda fuera medianamente liviana. Pero al final hallé la solución, y desde entonces las victorias siempre han sido mías. Menudas las palizas que se ha llevado el malandrín... ¡en mis sueños!

Acabada la digresión, continuó.

Percy empezó a traer a casa a sus amigotes. Allí había bebida gratis, y a mi padre le gustaba platicar con ellos, pues estos amigos eran *intelectuales* amén de beodos. Un filósofo artista, aquél que arriba dije que había vivido en Suecia, y cuyos ídolos eran Kierkegaard y Nietzsche; otro comunista, carne de prisión franquista; uno puro lector-intelectual ecléctico y bonachón, siempre sonriendo, siempre a dos vientos, del cual oí que había estado internado luego en un sanatorio, en Huesca. Otros en fin, que eran o rebeldes o borrachos de diverso plumaje. Pero estos tres primeros, junto con mi hermano, podían considerarse los personajes centrales del clic. Eran éstas las horas preferidas, los grandes momentos de Olin, veladas de vino y charla filosófica, especialmente porque ya tenía con quién discurrir y disputar, un público aficionado al buen hablar y mucho beber. Todos permanecían atentos a su desatinado y rocambolesco razonar.

Yo tengo que confesarlo: envidiaba a aquellos —para mí— sabios. Les tenía admiración y rencor. El culto a la mente. Mi meta suprema en la vida se fijaría en aquellos años: ser pensador, un razonador culto y elocuente, por cualquier método que pudiese hallar. Sin embargo, todos los caminos se me antojaban inaccesibles. Por otro lado me decía a mí mismo y como para consolarme que mi hermano bien poco tenía de intelectual; era su avidez por tragar el líquido báquico y no otra cosa lo que lo unía a aquella élite. Un par de años antes su mejor amigo había sido una especie de “musculitos”, y se solían reunir los dos en un sótano-gimnasio improvisado a formar masa muscular con pesas, tensores y aparatos de todo tipo, y se tiraban las horas muertas hablando de bíceps, tríceps y deltoides, y tonterías afines. El chaval llevaba el étimo *Belza* inserto en algún lugar del apellido, y yo, para tomarle el abrillantado pelo, pinté un bodegón al óleo en que se enseñoreaba, como elemento central de la composición, una hermosísima col de la huerta.

En cuanto a mí, por aquellos años mi cuerpo y mis hábitos me llevaban por derroteros muy diferentes al de fomentar el intelecto. Sólo quería divertirme y buscar amigos de chistes

graciosos y faldas, faldas, faldas. Abrimos los chavales un pequeño club de fines de semana para montar nuestros propios bailes al son del picú. Años de Beatles, y también de Adamo, Los Bravos y Los Brincos, Karina, BeeGees, los Rollin', Tom Jones, Bob Dylan y Joan Baez, los Relámpagos, los postreros coletazos de Elvis... De bailar pegados y buscar el beso y con suerte un magreo en el encortinado cuarto de la bombilla roja. ¡Qué ilusión, qué chulo que quedaba uno, que se te bufaba el pecho y te daba cosquillas por todo el cuerpo! Vermú de garrafón para ponernos —a nosotros, y con un mínimo de suerte a las chicas también— a tono.

O. G. declaró que su hijo Erik tenía amigos idiotas. ¡Vaya injusticia! Yo rabiaba, pero bailaba, y bebía vermú, y paseaba por el Paseo. El Tontódromo. Y me enamoré de una chavalilla preciosa, de la que no era respondido, al menos inicialmente, lo cual la hacía tanto más atractiva, deseable e inalcanzable. Yo suspiraba por ella.

Después de mis peripatéticos garbeos entre los míos, esa juventud despreocupada y alegre, tan tremenda y sanamente gregaria, me afanaba por ser aceptado y poder pasar el rato con los amigos mayores de Percy. Casi siempre sabía cuándo los encontraría en La Oficina, una de sus tascas favoritas, en la calle Granada, y donde siempre había una silla libre para cualquiera que quisiera sentarse, con tal de que cumpliera con la regla no escrita de contribuir con medio litrillo o dos. A mí me costaba hacer bajar el vino blanco al principio. ¡Qué malos tragos tiene uno que pasar en esta vida!

Luego le fui tomando más afición. Sí, en efecto. Pero en mi vida almeriense esta afición sólo la llegué a desarrollar en toda su plenitud durante las Navidades —¡Ay, si yo os contara, con el aguinaldo y lo que no era el aguinaldo!— y la Feria de agosto.

O en ocasiones especiales. Un compañero mío y casi vecino, pero de los que estudiaban, quiso apuntarse conmigo a hacer un viajecito por esos mundos de Dios de los que mi padre solía alentarme a hacer al acabar el curso, si lo acababa con éxito, se entiende. No sé por qué pero Percy nunca quiso aprovechar esta invitación anual a un pequeño dinerillo y aventuras

a manos llenas, líos garantizados; sólo tenías que poner el dedo y largarte a mundos nuevos y extraños: Barcelona, Mallorca, Ibiza... Sería que estaba noviando el chalao. Yo por mi parte tengo todo un libro de sucesos que me acaecieron, y por ende no están incluidos aquí, pues este libro que tenéis aquí en las manos trata no de mí sino de mi progenitor, y la ciudad de Almería.

A lo que íbamos.

Mi amigo, Luis de nombre, que en el fondo tendría pánico de llevar a cabo un proyecto tan aventurado y a pesar de que la mayor parte de los gastos, nunca excesivos, correrían de mi cuenta, sugirió que nos podrían prestar equipamiento de viaje —macutos, cantimploras y tal—, en la Organización Juvenil Española, la O.J.E. Bueno, a ver. A mí me huele, mirando atrás, a que Luis ya intuía lo que iba a venir. Llegados a la oficina, nos dice un Mando que había ahí que lo que nosotros en realidad deseábamos era apuntarnos a un campamento de verano cuya partida era inminente y que disponía de plazas vacantes, que fuésemos y se lo consultásemos a nuestros padres. A mi coleguilla, que sólo tenía madre, una pobrecita viuda, pareció hacerle ilusión aquello del campamento.

—Pero si yo no soy de la O.J.E. Ni siquiera soy español —le dije al mando.

—No importa.

—No tengo ni el traje o uniforme, o como lo llaméis.

—Nada, nada. Te lo proporcionamos *todo* —insistió inamovible. Cuestión resuelta y zanjada y no se hable más, era su mensaje. —Yo no sé lo que me dirá mi padre —le decía a Luis, —con esto de que vaya su hijo a un campamento controlado por la O.J.E., un tinglado de la Falange franquista nada menos. ¿Y no me comerán el coco?

Fue todo lo contrario, O. G. encantado con la O.J.E.: menos dinero para su bolsillo y el hijo, supervisado.

Llegamos al campamento, que estaba situado arriba en las montañas de la Sierra Nevada, pasando Laujar y subiendo por las escarpadas laderas de la cara sur del Mulhacén,

en medio del verdor de los pinos.

El *Cara al sol* por la mañana al despertar, yo con un uniforme enano de la categoría *flechas*, al que sobrepasaba en cuatro años y bien que se notaban, que tuve que llevar otros pantalones no reglamentarios, cortándole las piernas a los míos de calle. No me podía ni abrochar los botones de la camisa gris —y que por tanto no era azul, ni tan nueva, y ni tan bordada, como alegaba la canción—, pero no había otra cosa; tampoco me permitieron lucir el uniforme de *cadete* y pretender que yo ya lo era, a pesar de que la mayoría de los cadetes presentes eran más pequeñitos que yo, porque para serlo antes tenías que haber sido *flecha*. Lógico. Tiendas con plazas para seis chavales, repartición de tareas por escuadrón y por turnos, etc. No estaba mal. Lo mejor de todo fue al llegar la noche. Éramos los Almogávares, y alrededor de la fogata, entre himnos y cánticos guerreros e historias gloriosas, se preparaba el *O zurrón*. El *O zurrón* era un brebaje de licor y hierbas que debía llevar dinamita dentro, pues antes de llenar el gran cuenco (media cáscara de coco, que también tendría su nombre raro pero que ahora no me acuerdo) para que bebiéramos en círculo, se prendía fuego a la pócima, que ardía. ¡Vaya si ardía! Yo para mí que eso era desperdiciar gradillos de alcohol, pero así era la ceremonia, qué le vamos a hacer. Entonces sí que cantábamos a viva voz, y luego venían los chistes y a la cama a dormirla. ¡Viva el Movimiento Nacional! Hicimos una excursión a Paterna del Río, pueblo escondidísimo en la montaña al que la civilización apenas había llegado. Claro que al no tener la carretera asfaltada ¿cómo había de llegar? Figúrense si tendría atraso el pueblecito que recientemente, treinta y cinco años después, muchos de plena democracia, un señor del lugar, que quería echar abajo una pared de su vivienda para hacer ampliaciones, va y se encuentra, oculto por un falso tabique, un voluminoso y exquisito —según unos vecinos que lo vieron— manuscrito del siglo XV, creo, escrito en caracteres árabes, y ¿qué hace? ¡Lo quema! Puro estilo Cisneros. Apuesto a que, muy democráticamente, a ese canalla no le ha hecho nada la justicia. Nada ha cambiado. Se organizó un baile con picú en la plaza del pueblo ante la

iglesia para que las mozuelas lugareñas pudieran alegrarnos el alma, el cuerpo, y el corazón guerrero.

Al día siguiente, ya de vuelta al campamento, tocaba ir de marcha en la dirección contraria, hacia Canjáyar, pero yo tenía una herida en el pie y conseguí convencer a los jefes de que me dejaran arriba en el monte, curándome. Eran muy campechanos los mandos, y cándidos, porque esta marcha era de tres días. Yo sólo tenía que bajar dos kilómetros a recoger mi comida y todo el resto del día a explayarme por mi ancho reino individual en medio del bosque. Cuando volvieron, entonando canciones patrióticas como el *¡Ay Manuela!* —una variación en plan mofa del *¡Ay Carmela!* republicano— me encontraron tumbado en la hamaca del jefazus máximus con el garrafón de los mandos al lado.

—Pero Erik, ¡si te has bebido toda la garrafa de *laujarati!* —con este apelativo honrábamos al espléndido vino de Laujar— ¿Cómo es posible?

—Hombre... ¡algo había que hacer! —y lancé un hipo.

Esos son mis recuerdos de la O.J.E., y mi aportación, que el que más y el que menos está dispuesto a colaborar en lo que haga falta y en la medida que uno puede.

Otro acto patriótico, casi, era celebrar la Feria de Almería bebiendo. El muchacho que no lo hiciera mal podía llamarse en propiedad almeriense.

Una apacible aunque no serena madrugada amanecí en el muelle, cerca del ferial, tras una noche loca de aquellas de feria, dedicada a ganar copitas de moscatel a los tiros, jugar en la rifa —ilegal— de dados de Pepe el cojo, beber fino manzanilla y vomitar con los colegas en el parque, y para redondear la noche empelotarnos y tirarnos a las aguas del puerto desde el búnker de cemento que se erguía junto a la escalinata principal del muelle... Cosas todas éstas muy sanotas, como cualquiera puede apreciar. Al despertar hallé que había dormido cobijado entre una viga y el célebre, el único e incomparable Luis el de los perros. Se había echado a dormir junto a este juerguista borracho, tras meterme el reloj en mi bolsillo.

—Muchas gracias, Don Luis.

—Nada hombre, a mandar, y saludos a su señor padre.

—Vale. Yo se los daré.

Uno de mis amigos, el mejor que tuve nunca, era Lolo. Ya hablé de él con anterioridad, en referencia a un problemilla que tuvo en el cuello, y de cómo se lo curó con una pastilla de la colección de mi padre, el americano de Almería. Conocí a Lolo, cosa curiosa, bebiendo batidos de leche *Puleva* durante un rodaje cinematográfico en la Plaza de Toros, en concreto el de *El valle de Guangi*, en que se suponía que un dinosaurio Ray-Harryhauseniano escapaba de una plaza de toros de la Ciudad de México. James Franciscus estaba ahí dándose de besos con la actriz protagonista. Trabajé un día de extra para esa película y en lugar de correr con la chusma nos escondimos unos cuantos arriba en las gradas a contemplar cómo tres mil personas se lanzaban frenéticas hacia las salidas al son del megáfono del director. Y es que estuvieron repitiendo la escena todo el santo día. Mi hermano fue más listo. Vestido de levita y todo fue y se largó a la playa. El control que llevaba esa productora sobre sus extras dejaba mucho que desear.

Lolo era la encarnación perfecta de lo que mi padre consideraba banalidad y mentalidad cerril o falta de luces. Mas este amigo, chico de pueblo de montaña almeriense y todo que era, tenía una facultad extraña: la ósmosis. Se convertía en lo que le rodeaba. Horas, días, meses pasados con los intelectuales de la panda de mi hermano y terminó adquiriendo el título de “Gran Maestro”. Así, ni más ni menos, lo llamaban. —¿Dónde está el Gran Maestro?—, —¿Ha venido el Gran Maestro hoy por aquí? —etc., etc. ¡Cómo recuerdo esas veladas! Toda la tarde en una tasca recóndita de la chanca, con su ventanuco que daba al puerto, ambiente fresco en el cuarto para nosotros solos, y en el exterior el abrasador verano. ¡Ay, y qué difícil resultaba llegar ahí con las calores de las cuatro de la tarde! Los medios litros de vino blanco en botellas de Marie Brizard, a siete pesetas y media (un duro y diez reales) y con tapas de habas con bacalao. El eternamente risueño dueño había nacido en

1898:

—El mismo año que Federico García Lorca —manifestaba.

—Entre otras cosas —añadía alguno de los nuestros. Pero el hombre se bastaba y sobraba con su propio punto de referencia.

Esas veladas, sin el Gran Maestro, no eran las mismas. Hablaba poco, pero atención cuando lo hacía. Los sabihondos no daban por zanjada ninguna cuestión antes de recibir la opinión, el dictamen final e irrevocable, del Gran Maestro, en aquellos asuntos de filosofía idealista peri-Hegelianas, de Heliogábalo, de los indios guaraníes, u otras ponderosas y grávidas materias que tal vez afectaran al orden mundial. Ese día había comenzado la cosa por Plotino, no veas el Plotino, y derivaba por derroteros aleatorios como solía ocurrir, marcados por el espíritu del momento, el grado de bienestar y el medio ambiente, aunque este último raramente variaba:

—¿Es verdad, Maestro, que el concepto de alma como ente inherentemente autárquico e irreductible con la heterogeneidad es axiomático, y por ende queda excluida y descartada, en sí y por sí, toda proposición preternatural de *élan* o soplo cual pretenden algunos, ni que exista un antes ni un después con sus ineluctables incertidumbres y concomitancias colaterales?

—Indubitablemente —susurraba el Gran Maestro, los dedos de una mano sobre la barbilla, mientras con la otra mano frotaba, siempre tan suavemente, los pelillos de su barriga, ya que tenía desabotonada la camisa según era su costumbre—. Pero un buen soplo de vez en cuando no viene mal.

Y todo quedaba dicho. Su favorito era el Sartre del *Ser y la nada*, pues como epistemólogo era, más que un lince, un auténtico hacha. Nunca le hizo falta leer ninguno de los libros, pues para eso están los amigos.

Fue a ver el *Violinista en el Tejado*, como fuimos todos. Y allí estaba entre nosotros Topol:

—Iiif ay güera rích ma... de bu de bi dubidubidubidubidúuuu...

Unos meses después teníamos delante al Mal-lo Brando de *El Padrino*, mesándose la mejilla mientras bajaba la mirada lánguida a la zona de su vaso y tomaba decisiones de vida y de muerte. Ósmosis total.

Mas todo lo bueno, lo excelente, lo irrepetible tiene que acabar, y él, por hacerle la contra a su padre, fue a fusionarse con el suelo de su patio. Cinco pisos. Su padre me habría matado a mí, pero yo en esos trágicos días de la defenestración estaba ya residiendo en Granada, donde me enteré del fatal suceso. Querría haber ido al entierro, pero fui cobarde, y tampoco desee causar más dolor.

De Percy y sus aventuras podrían llenarse volúmenes enteros. Naturalmente tendría que ser él mismo quien contara estas delicadas sutilezas ya que es quien las conoce mejor que nadie. Tal vez logremos entre todos animarle a que no sea tan cachazas y lo haga. No sería una mala secuela, o alternativa, a *El americano de Almería*.

Unas pinceladas os ofrezco para que os hagáis una idea.

Se subió con sus colegas a coger una cogorza en compañía del Cristo del Cerro de San Cristóbal una noche. Existían unos boquetes superficiales, dentelladas más bien, esculpidos a cincel en uno de los pilares inclinados de la parte de atrás del monumento, en los que si eras muy hábil podías apoyar los pies y así subir adonde no está permitido subir. No resultaba fácil escalar ese pilar, casi vertical y tan liso, ni siquiera estando sobrio y libre de equipaje, y bien cargados, en ambos sentidos, que iban los guripas; su afán por llegar al Cristo debió ser fenomenal. Si esa noche los llegan a pillar después de lo que pasó vaya paquete: y lo que pasó fue que se apagaron toditas las luces y las farolas del cerro. O sea, que Almería estuvo tuerta de un ojo esa noche. La bombilla causante del apagón, una señora bombilla donde las haya, quedó de recuerdo en el armario de nuestro cuarto en la casa de los Waldenstone. Es de esperar que el estatuto de limitaciones habrá cumplido para esta suerte de faenas. Amen.

En otra ocasión llamaron varias veces y cambiando la voz al periódico *La Voz de Almería*, diciendo entre aspavientos que habían visto un platillo volante. Naturalmente, al día siguiente salió publicada la noticia. Pero lo más gracioso fue lo que les dijeron desde la redacción:

—¡No se preocupen! ¡Ya tenemos un equipo arriba en nuestra terraza! —pues nada, tranquilos.

Comenzó Percy a tener problemillas con las litronas y con las “losas” que dejaba en los bares. De vez en cuando no volvía a casa en tres o cuatro días, o más. Uno de los sitios donde iba la panda lo llamaban “el Tío de la Manga”, porque era el dueño de bar más permisivo de toda Almería. Tenía el Tío de la Manga un patio tapiado en su bar, que estaba en Los Molinos. En este patio les ponía al grupo una jaula entera de doce botellas de vino al lado de la mesa, con otras jaulas preparadas si fuera menester, y hacían concursos a ver quién tumbaba al resto bebiendo. Yo fui breve testigo presencial de alguna de estas sesiones y era horroroso. ¡Las cantidades de bebida que aguantaban los tíos! De noche les ponía el dueño las mesas alrededor y las sillas encima de éstas, protegiéndolos contra el rocío matinal, y a dormirla hasta la mañana siguiente, cuando abriera. Luego podía ocurrir que se fueran todos sin pagar, o pagando sólo el primer litro, diciéndole al buen hombre que les apuntara el importe de lo que se había consumido en sus cuentas, a partes iguales, que ya le pagarían. Si eso no es tener manga yo soy chino.

Los problemas de Percy no eran tanto de la bebida, sino de índole económica, o como dicen hoy en día: de *cash flow*. Había alcanzado el tope de su crédito en una docena de bares, incluido el del Tío de la Manga. No había suficiente manga, ni manguera, para Percy.

Percy se buscó un trabajo midiendo terrados para el Ayuntamiento en vez de asistir a sus clases de PREU. Pero el Ayuntamiento nunca pagaba, siempre dando largas a los pobres ilusos que trabajaban para la institución, y O. G. acabó por mandarlo a América, a ver si allá hacía algo de provecho con su vida.

Unos años antes mi abuelo el médico, el cual nos había visitado en varias ocasiones “de paso” que acudía como invitado de honor a alguna conferencia en Estocolmo, Ginebra o Berlín, se había ofrecido a costearnos un verano en Minneapolis. Así reaprenderíamos nuestro “oxidado” inglés. Mi padre, cabezón, dijo que de acuerdo, pero que tenía que ser por barco, cuando eso ya no se estilaba. Vamos, que no se veía ni en los tebeos. Además, nos habríamos tirado la mitad del verano nada más en llegar y en volver. Su truco funcionó: no fuimos, y encima conseguía encabritar de lo lindo a su padre del alma.

En una de las dos o tres visitas que nos hizo el abuelo alquiló un coche en Málaga, y como hacía años que no había conducido más que coches automáticos, no daba pie con bola con el embrague. Mucho bistorí y florituras quirúrgicas y todo eso, pero para cambiar las marchas de un vehículo estaba perdido. Total, que hizo todo el trayecto en segunda. Y mira que la carretera de Málaga en los años sesenta tenía miga, que costaba media hora llegar a Aguadulce desde la capital.

Percy pues, se fue para América, que no había pisado desde que fuera un chavalín de nueve años. Pero a los pocos meses estaba de vuelta en Almería. Se casaba. Antes de marcharse había dejado encinta a su novia. María se venía oliendo que eso exactamente era lo que sucedería, y fue una de las razones principales por las que insistía en que había que enviarlo a América. Demasiado tarde. Tampoco hacía falta ser vidente para ver venir la cosa. Percy se la traía a casa y no para sentarse en el salón a hablar del tiempo, que en Almería es perderlo, sino que se encerraban en nuestro lindo cuarto. Dudo yo, y de vidente no tengo nada ni lo pretendo, que una vez allí la litera quedase vacante, ni que cada cual se iría a una cama diferente, que es para lo que sirven las literas.

Después de la boda se volvió a América con la nueva esposa, pues estaba matriculado en la universidad.

A mi me tocó ir a Granada a estudiar Filosofía y Letras. A los almerienses nos gustaba decir que Almería se había quedado ya sin profesores que nos pudieran enseñar nada.

Pobres, los jóvenes almerienses de hoy. Ya no tienen la excusa de la universidad para escapar del regazo familiar y venirse a Granada a echar una cana o veinte al aire. Aunque con las costumbres licenciosas de hoy, de marcha y botellón, supongo que poca falta les hace. Más bien serán los padres los que desearían poder mandar bien lejos a sus hijos de una puñetera vez. Y es que antes había más control. En mis tiempos...

Emancipados pues los dos hijos grandes, en Almería quedaba Olin Griffin con su esposa María y sus tres hijas. El cuarto, el niño Gus, no había nacido aún. Sólo meonas.